

Trabajo Fin de Grado

El movimiento indígena zapatista de Chiapas, México: 1994-2014, dos décadas de insurgencia

Autor

CARLOS SANCHO DOMINGO

Directora

PALMIRA VÉLEZ JIMÉNEZ

Facultad de Filosofía y Letras / Departamento de Historia Moderna y Contemporánea

2014

ÍNDICE

Introducción	3
I. A modo de presentación: el Estado de Chiapas y algunas cifras básicas	13
II. Un conflicto apenas soterrado	15
Los antecedentes	15
Indigenismo	15
La tierra	16
Rebeldía indígena e insurgencia izquierdista	19
Los protagonistas	21
Los nuevos actores sociales étnicos	21
La irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional	23
III. Un conflicto declarado	29
1994-2014: tierra y libertad	29
IV. Hacia otra lucha: democracia, libertad y justicia	44
El final de un ciclo revolucionario	45
Las bases de un nuevo movimiento social: sociedad civil y democracia, campesinos y tierra, indígenas y dignidad ...	47
Conclusiones	52
Fuentes documentales	55

INTRODUCCIÓN

El tema que proponemos como sujeto de análisis histórico es el movimiento indígena zapatista alzado en armas el 1 de enero de 1994 en el Estado de Chiapas, México, conformado y articulado orgánica y funcionalmente en torno al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). El estudio del sustrato histórico del que dicho movimiento se nutrió, el espacio geográfico y humano en el que se gestó, la maduración del conflicto social y político, su violento estallido, su posterior evolución y su ambigua resolución, será el eje axial del presente trabajo. En relación con dicho tema nos planteamos tres preguntas fundamentales: si el alzamiento indígena zapatista fue o no una revolución; cuáles fueron sus límites en tanto movimiento social (revolucionario o no) y, más allá, qué papel están llamados a jugar los movimientos sociales en el más próximo futuro latinoamericano (singularmente los vinculados a las disfunciones creadas por las diversidades étnicas); y si es la compaginación de lo particular (en el caso concreto que nos ocupa, la identidad y dignidad de los pueblos indígenas latinoamericanos y las opuestas experiencias de vulneración de su integridad y negación de su reconocimiento) con lo universal (los derechos elementales en el trato entre los seres humanos), uno de los grandes retos de futuro para una izquierda singularmente sensible a los desengaños ideológicos.

Para hacer frente a estos objetivos hemos estructurado el presente trabajo en cuatro capítulos que pasamos ahora a compendiar. Bajo el epígrafe “A modo de presentación: el Estado de Chiapas y algunas cifras básicas”, en el capítulo I se recogen datos de la geografía física, humana, social y económica del mencionado Estado. Unos datos que dejan traslucir dos variables fundamentales del territorio chiapaneco: el general atraso de la región y el peso que en ella tiene lo indígena.

El segundo capítulo, “Un conflicto apenas soterrado”, cumple con dos finalidades: bucear en el ayer para hallar en él las claves que nos permitan interpretar de forma correcta los hechos del hoy, y presentar a los protagonistas de tales hechos cuando éstos se hallaban al borde de materializarse en la forma de un estallido insurreccional. La primera de esas dos finalidades se cubre planteando tres cuestiones: la cuestión indígena, la cuestión agraria y los episodios de rebeldía étnica e insurgencia política que habitan la historia de Chiapas. Trataremos de la cuestión indígena desde el

concepto “indigenismo”, un concepto acuñado por el “otro”, por el no indígena, con el cual se definen una serie de actuaciones políticas y sociales que las elites políticas latinoamericanas pusieron en práctica a lo largo de los siglos XIX y XX. En relación con la problemática agraria del México contemporáneo, tomaremos como referente inicial la revolución de 1910 y su faceta más agrarista, representada por Emiliano Zapata y su Plan de Ayala (1911). Un referente que también tomó la insurgencia chiapaneca finisecular, que se representó a sí misma como continuadora de las políticas más radicales del zapatismo morelense, adoptando de éste no sólo el nombre, sino también buena parte de su ideario económico, político y social. El broche final a esta sección responde a la aplicación del concepto “voz” a la insurgencia zapatista.¹ Las voces que en enero de 1994 respondieron a la asimetría étnica, al desigual modelo de formas de propiedad y usufructo de la tierra y a la segregación social, tenían tras de sí un importante remanente de rebeldía étnica que, mayoritariamente, enlazaba con las formas de protesta violenta protagonizadas por las comunidades indígenas chiapanecas. Y también lo tenían de una insurgencia izquierdista que entroncaba con los procesos de militarización política y social que habían florecido en América Latina tras el triunfo, en 1959, de la revolución cubana.

Tal y como antes apuntábamos, la segunda finalidad del capítulo II es presentar a los protagonistas del conflicto cuando éste se hallaba al borde de su eclosión. Dejando a un lado al gobierno mexicano, los dos protagonistas principales fueron los nuevos actores sociales étnicos y el EZLN. Con la expresión nuevos actores sociales étnicos nos referimos a los grupos escindidos de las tradicionales comunidades indígenas a consecuencia de complejos y, en muchos casos, dolorosos procesos de migración intraestatal, que acabaron por conformar sus propias comunidades cuya existencia comenzó a transcurrir al margen de sus grupos sociales originarios. La toma de conciencia de estos nuevos actores sociales étnicos sólo fue posible merced a la intervención de la Iglesia católica y a las luchas sociales mantenidas por las propias comunidades indígenas.

Sobre ese escenario de tensión creciente percutió una de tantas guerrillas izquierdistas revolucionarias que habían florecido en Latinoamérica en el último medio

¹ Dicho concepto fue acuñado por Albert Hirschman para definir la respuesta que, ante la percepción de la injusticia, eleva en forma de protesta un determinado colectivo social. Albert Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty*, Cambridge, Harvard University Press, 1970.

siglo: el EZLN. Se trataba de un grupo armado de inspiración castro-guevarista que combinó en un primer estadio la estrategia foquista con la tradicional insurgencia mexicana, y que al entrar en contacto con los sectores más radicalizados de las comunidades indígenas chiapanecas, propició, al tiempo que sufrió, importantes reacomodos. En lo externo, el contacto entre guerrilleros e indígenas generó un proceso de ideologización marxista-leninista y de militarización social en aquellos sectores de las comunidades étnicas que resultaron receptivos a las proclamas y usos de actuación política del EZLN; en lo interno, el EZLN se vio obligado a mudar su lenguaje político con la intención de ganar para su causa revolucionaria a unos *déclassés* que, ni cultural ni sociológicamente, pertenecían a clase social alguna (ni eran obreros, ni estudiantes, ni miembros de clases medias políticamente concienciadas a favor de la izquierda revolucionaria), lo cual generó un cambio sustancial en el discurso político del EZLN, a partir de ese momento adalid de la dignidad y derechos de una clase subalterna recién descubierta: la de los indígenas mexicanos.

Como cierre a este segundo capítulo se atiende a la maduración de un conflicto cada vez menos soterrado. En ese recorrido histórico el año 1992 actuó a modo de fecha detonante, pues en él se produjeron tres hitos decisivos a la hora de entender el alzamiento armado de 1994: la reforma del artículo 27 de la Constitución mexicana, que desde 1917 protegía a los ejidos y facilitaba a los campesinos el acceso a las formas de propiedad comunal de la tierra; la apertura de negociaciones entre los gobiernos de México, los Estados Unidos y el Canadá para la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que amenazaba con sumergir a la economía mexicana en los flujos comerciales del *primus inter non pares* del triunviro firmante del citado tratado, los Estados Unidos; y las celebraciones del V Centenario del arribo colombino, que aglutinaron las resistencias de los indígenas americanos. A results de estos tres hitos, concienciados, radicalizados y convenientemente organizados, el 1 de enero de 1994 varios cientos de indígenas chiapanecos se alzaron en armas.

A la descripción y análisis del movimiento insurgente zapatista, ubicado en las regiones de Los Altos y Selva Lacandona, ambas en el Estado de Chiapas, se dedica el tercer capítulo, “Un conflicto declarado”. Tras repasar la periodización del movimiento zapatista y las claves en que éste se ha interpretado, narraremos los sucesos acaecidos en los primeros instantes del alzamiento y valoraremos si aquél puede considerarse un

fracaso o un éxito en relación a sus protagonistas, los guerrilleros del EZLN y los indígenas sumados a su causa. A modo de adelanto podemos decir que, a nuestro parecer, el alzamiento zapatista tuvo tanto de uno como de otro. Fracasó en tanto no logró alcanzar la utopía revolucionaria que había servido de aliento y “horizonte de expectativas” a buena parte de la izquierda latinoamericana durante la segunda mitad del siglo XX;² tuvo éxito en tanto supo reelaborar sus planteamientos ideológicos y adaptarlos a aquello que las comunidades indígenas y la propia sociedad civil mexicana demandaban.

Tras el análisis de los blancos y negros que para el EZLN supuso el alzamiento en armas, nuestro trabajo continúa con el relato de las primeras negociaciones de paz entabladas entre el gobierno y los insurgentes, llevadas a cabo bajo la mediación del obispo Samuel Ruiz. Unas negociaciones rotas en el mes de diciembre de 1994. Ante el deterioro de la situación y el peligro que ello comportaba para el EZLN, los zapatistas se decantaron por iniciativas de alto contenido simbólico con las que pretendían recuperar un terreno que la fortaleza del Estado mexicano les achicaba. Entre esas iniciativas destaca la redacción de las *Declaraciones de la Selva Lacandona* (seis entre 1994 y 2005), cuyo análisis de contenido nos servirá para delinear el tránsito ideológico del zapatismo contemporáneo desde su inicial apuesta por la vía revolucionaria al socialismo, hasta su decantación en favor de fórmulas de acción colectiva propias de los movimientos sociales.

Al tiempo que tenía lugar ese cambio entre las elites zapatistas, el EZLN participaba en la recomposición de una dialéctica de paz. Apoyado en diversas plataformas y actos públicos, el EZLN reinició las conversaciones con el gobierno. Unas conversaciones que tuvieron como colofón la firma, el 16 de febrero de 1996 en el municipio de San Andrés, de los Acuerdos sobre Derechos y Cultura Indígenas. Lo esencial de dichos acuerdos fue el reconocimiento y la demanda de inclusión de tales derechos en la Constitución mexicana, así como el respeto a la autonomía de todos los pueblos indígenas de la República. Pero su ratificación práctica se fue demorando en el tiempo, lo que dio paso a una nueva fase de degradación del proceso de paz que tuvo su punto culminante en septiembre de 1996, cuando el EZLN abandonó la mesa de

² Tomo el concepto “horizonte de expectativas” de Reinhart Koselleck, *Futures Past*, Cambridge, MIT Press, 1985.

negociaciones. La tensión alcanzó los límites de lo dramático en diciembre de 1997 con la matanza de varios indígenas en el municipio zapatista de Acteal. A partir de ese momento, una especie de *drôle de guerre* acabó imponiéndose en la región.

A esa “extraña guerra” el EZLN respondió con una serie de actos que le llevaron a recuperar parte del terreno perdido e, incluso, a ganar nuevos espacios de acción política. Es lo que podemos definir como el cenit del zapatismo, un momento en el que, como a veces sucede, el tiempo histórico se precipitó. Así descubriremos cómo en apenas cinco días el movimiento zapatista transitó del que tal vez fue su más elevado (y efímero) momento de gloria, al comienzo de un largo y amargo periodo de reclusión y ostracismo público: el 21 de marzo de 2001, en el mitin celebrado en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), miles de personas aclamaron a los líderes del EZLN y a cientos de indígenas llegados en marcha desde Chiapas; el 25 de ese mismo mes, el Congreso mexicano aprobó un proyecto de ley contrarrevolucionario en materia indígena que desconocía lo acordado en 1996 en San Andrés. En el breve lapso temporal transcurrido entre el 21 y el 25 de marzo de 2001, las elites políticas mexicanas lograron contrarrestar buena parte de la fuerza que un zapatismo ya plenamente reconvertido en movimiento social había acumulado.

Llegados aquí será tiempo de considerar hasta qué punto el EZLN fue responsable de su marginalidad política o si, por el contrario, ésta le fue impuesta. En este último orden cabe destacar el definitivo abandono por parte de la izquierda continental de la vía revolucionaria como senda de acceso al poder (la primera opción zapatista), en favor de formas democráticas de organización de la vida social; en lo que cabe achacarle al EZLN, mencionar su incapacidad para articular en torno a sí o de integrarse en, espacios realmente efectivos de participación y acción política (algo por otra parte recurrente en la tradición zapatista, tanto en la morelense como en la chiapaneca).

El capítulo III finaliza constatando la recuperación por parte del movimiento zapatista de su capacidad de acción política y, en una medida mucho más exigua, de su capacidad de convocatoria social. En verdad, la voz del EZLN es a día de hoy extraordinariamente débil, lo cual evidentemente no implica que no sea oportuna y necesaria. A riesgo de simplificar en exceso nos atrevemos a decir que el zapatismo es

hoy aquello que de él pervive en las redes sociales, un imaginario cada vez más diluido en el campo mental de la izquierda, unos reducidos colectivos sociales extendidos, eso sí, por toda la aldea global, unos cuantos miles de indígenas conviviendo en unas comunidades (los “caracoles”) autogobernadas a través de sus Juntas de Buen Gobierno y, a buen seguro, la consecuencia de unas causas (el *apartheid* económico, político y social indígena) todavía no resueltas. Sin embargo y pese a ello, el movimiento zapatista pervive, y de los motivos que explican su supervivencia nos ocupamos en el cuarto y último de los capítulos del presente trabajo.

“Hacia otra lucha: democracia, libertad y justicia”, es el título de ese cuarto capítulo. En él situaremos la evolución política del EZLN en el marco de las dos vías de acción preferentes de la izquierda latinoamericana: la insurreccional y la democrática. Una evolución en la que ha jugado un papel preponderante la tensión entre los binomios “Estado-poder”, querido por la izquierda política, y “sociedad civil-múltiples espacios de poder”, querido por la izquierda social. En un primer apartado se conducirá al lector hacia el análisis de lo que hemos definido, sin especial originalidad, como el final de un ciclo revolucionario. Repasaremos ahí alguna de las aportaciones teóricas más relevantes en relación con las oleadas y las ondas revolucionarias latinoamericanas y aplicaremos sus conceptos clave al caso que aquí nos ocupa.

El segundo apartado versará sobre la transformación de la guerrilla castro-guevarista del EZLN en un nuevo movimiento social. Atenderemos primero al por qué de ese tránsito, más tarde a por qué el zapatismo no alcanzó a construirse como praxis revolucionaria y, finalmente, a la medida en que el EZLN ha logrado conformarse como un nuevo movimiento social. A modo de cierre plantearemos las que para nosotros son las tres grandes paradojas del movimiento indígena zapatista.

Una vez concluido el compendio de nuestro trabajo, es momento de referirnos a las fuentes documentales utilizadas en él. Pero antes de entrar a su valoración es preciso hacer algunas puntualizaciones previas. En primer término señalar que la relación de fuentes que cierra el trabajo sólo reúne las referencias que directamente he consultado. En caso de que la información ofrecida en el texto proceda de una segunda fuente, es decir, de un autor no consultado por nosotros al que hemos llegado a través de una obra

sí consultada, la referencia a dicho autor se resuelve exclusivamente en el cuerpo del trabajo mediante la preposición *en*, seguida de la noticia correspondiente a la obra consultada. Cuando he usado nociones o conceptos cuya procedencia ya conocía y que no he consultado de forma expresa, la referencia a dicha fuente también se resuelve de forma exclusiva mediante su llamada en el cuerpo del trabajo. En segundo lugar y por lo que a la presentación formal del listado de fuentes documentales consultadas se refiere, éste se organiza en tres bloques. En el primero tienen cabida materiales bibliográficos (monografías, obras colectivas y capítulos o apartados de una determinada obra), en el segundo artículos y trabajos obtenidos a través de internet en formato pdf y, en el tercero, páginas web. En tercer lugar y en relación con el sistema de citas empleado, señalar que por lo que al listado final se refiere he optado por la tradición bibliográfica española (autor, título, lugar de edición, editorial, año y, en su caso, páginas consultadas, con las modificaciones que cada tipología documental haya hecho precisas). En cuanto a las referencias incluidas en el cuerpo del trabajo, si la obra ha sido consultada, la nota bibliográfica se construye con la mención al primer apellido del autor o autores, año de edición y página o páginas en las que aparece la información utilizada, todo ello entre paréntesis. Si la obra de la que procede la información no ha sido consultada de forma directa, la nota bibliográfica se resuelve mediante su desarrollo íntegro según la ya mencionada tradición bibliográfica española. Si se trata de recursos en línea, se ofrece la correspondiente fecha de consulta.

Vistas las cuestiones de metodología y normalización de fuentes, conviene detenerse en la valoración crítica de aquellas que han sido expresamente consultadas. Por lo que a las referencias bibliográficas y artículos en línea respecta, señalar que en función de su temática podemos agruparlas en tres grandes bloques. El primero de ellos (Bazant, 2001; Hamnett, 2001; Knight, 2001; Krauze, 2005; Novoa, 2012; Smith, 2001) tiene como eje sustentante la historia de México, bien en su conjunto, bien en alguna de sus etapas. De entre estas referencias nos ha resultado de singular interés la obra del historiador británico Brian Hamnett y sus reflexiones en torno a la problemática agraria y al desarrollo del modelo ejidal, tanto en el espacio nacional como en el regional chiapaneco. También sus noticias sobre la insurgencia izquierdista en Chiapas y el EZLN. Aunque más atento a las repercusiones políticas que en el gobierno mexicano tuvo el levantamiento zapatista que a las dinámicas internas de éste, las sugerencias de Hamnett resultan sumamente interesantes. Un segundo nombre que no debemos

despreciar es el del historiador e intelectual mexicano Enrique Krauze, y sus aportaciones sobre cuestiones relacionadas con las identidades nacionales y étnicas.

Un segundo bloque (Le Bot, 1997; Malerba, 2006; Palacios, 2008; Sotelo, 2009; Vázquez, 1999; Volpi, 2004; Yamamoto, 1998) se centra en el alzamiento del EZLN y, en algunos casos, en la figura de su más nítido portavoz, el subcomandante Marcos. De entre estas aportaciones debemos destacar el libro que el sociólogo francés Yvon Le Bot dedicó a las primeras etapas del zapatismo, una obra amable con el *rêve zapatiste* aunque no por ello exenta de oportunas advertencias sobre posibles derivas no deseadas del mismo. El libro se completa con entrevistas de éste al subcomandante Marcos. Igualmente proclive al zapatismo y a su líder mediático, Marcos, es el escritor español Manuel Vázquez Montalbán. Desde esa simpatía ideológica y personal, Vázquez Montalbán describe su experiencia en Chiapas y su entrevista al subcomandante. Las referencias y segundas opiniones que el autor ofrece sobre el alzamiento indígena chiapaneco son sumamente enriquecedoras. Por último, el escritor mexicano Jorge Volpi, más crítico que Le Bot y Vázquez Montalbán con la figura de Marcos (no en vano su libro se editó cuando la figura del guerrillero insurgente había perdido parte de su inicial aura mediática), ofrece una visión más matizada respecto a la insurgencia del EZLN.

Un tercer grupo de autores (Bartoletti, 2012; Calderón y Reyna, 1995; Castañeda, 1995; Martín y Rey, 2012; Tarrow, 2012) atiende a las organizaciones armadas revolucionarias latinoamericanas y a la emergencia de nuevos movimientos sociales, tanto en dicha región como a nivel global. También se incluirían ahí las cuestiones étnicas y de identidad (Hall, 2003; Pérez, 2002; Stavenhagen, 1995; Zúñiga, 2004). En relación con la oleada de violencia revolucionaria, resulta interesante el artículo de la historiadora argentina Julieta Bartoletti y el trabajo conjunto de los profesores Alberto Martín y Eduardo Rey, especialmente los modelos analíticos y el utillaje conceptual aportado por estos dos últimos. De gran interés nos ha resultado la amplia visión que ofrece el politólogo mexicano Jorge Castañeda sobre la evolución de la izquierda latinoamericana durante la segunda mitad del XX y la tensión entre revolución y reforma sufrida por aquella. Por lo que a los nuevos movimientos sociales se refiere, valga mencionar el trabajo de los profesores Fernando Calderón y José Luis Reyna, un buen estado de la cuestión sobre dicho asunto aunque, lamentablemente, algo

obsoleto. También nos ha resultado sumamente útil la obra del sociólogo estadounidense Sydney G. Tarrow, un clásico en el estudio de los movimientos sociales y del que hemos tomado alguno de sus marcos teóricos. Para cuestiones de identidad y etnia destacar las aportaciones del antropólogo mexicano Rodolfo Stavenhagen, así como la visión integradora que la especialista en cuestiones indígenas, Nieves Zúñiga, ofrece sobre la emergencia de nuevos discursos, organizaciones y movimientos étnicos en América Latina.

Debido a la especificidad de los temas tratados por los autores que a continuación citamos, han quedado fuera de los bloques anteriores las aportaciones del economista Luis de Sebastián sobre la crisis de la deuda del año 1982 (Sebastián, 1988), las de los sociólogos Charles Tilly y Lesley J. Wood sobre la historia de los movimientos sociales (Tilly y Wood, 2010) y la del gran historiador británico Edward Palmer Thompson en relación con su concepto de “economía moral” y el trasvase del mismo al mundo de los estudios campesinos (Thompson, 1995).

Una vez valoradas las referencias bibliográficas y artículos en línea, resta hacer una breve mención a las páginas web consultadas. Unas páginas que son un recurso cada vez más importante para el historiador, dado el amplísimo y fértil terreno informativo que a éste se le oferta a través de ellas. Entre las páginas más relevantes para nuestro trabajo están las oficiales del gobierno mexicano, con nutrida información estadística sobre el Estado de Chiapas <<http://www.chiapas.gob.mx>> y aquellas de entre las muy numerosas que existen en la red dependientes o vinculadas a órganos zapatistas, caso de <<http://espaciolibremexico.wordpress.com/2012/10/25/seis-declaraciones-de-la-selva-lacandona/>> para el análisis de las *Declaraciones de la Selva Lacandona* y <<http://www.nodo50.org/pchiapas/chiapas/documentos/marez.htm>> para informarnos del funcionamiento de los municipios autónomos zapatistas.

Para finalizar deseo mostrar mi agradecimiento a cuantas personas, en el ámbito académico, me han ayudado en la confección del presente Trabajo Fin de Grado. En primer lugar, a buena parte de las compañeras y compañeros con los que he cursado el Grado de Historia, cuyos apoyos puntuales han sido relevantes. En segundo término, a todos y cada uno de los profesores con los que he coincidido, pues todos ellos han

logrado hacerme aprender algo de lo que sé. En tercer lugar, a la doctora Palmira Vélez Jiménez, cuyo cuidado y atención han facilitado mi trabajo y cuyas sugerencias han hecho posible mucho de lo que de positivo encierran estas páginas. Y, por último, a los miembros del tribunal, por su atenta lectura del presente texto. Gracias a todos ellos.

I. A MODO DE PRESENTACIÓN: EL ESTADO DE CHIAPAS Y ALGUNAS CIFRAS BÁSICAS

El Estado de Chiapas se localiza al sureste de los Estados Unidos Mexicanos, colindando al norte con el Estado de Tabasco, al oeste con el de Veracruz y Oaxaca, al sur con el Océano Pacífico y al este con la República de Guatemala.³ Su superficie es de 74.415 km², lo que hace de Chiapas el octavo estado más grande en la República de México (con el 3'8 % de la superficie del país). Integrado por 122 municipios distribuidos en quince regiones, su capital es Tuxtla Gutiérrez. Para el año 2014 y según estimaciones realizadas en el 2000, se esperaba que su población alcanzase los 5,149.319 (de los casi 119 millones que se suponían para todo México), con una esperanza de vida que se situaba en los 72 años (75 para las mujeres y 69 para los hombres).

En el denominado mapa de intensidad de desarrollo democrático 2013, articulado en función de cuatro rangos de valor (alto, medio, bajo y mínimo), de los treinta y dos estados que conforman la República, Chiapas se sitúa en el puesto veinticuatro, con un desarrollo bajo. En la dimensión de dicho índice relativa a los derechos políticos y libertades civiles ocupa el puesto doce, en la de calidad institucional y eficiencia política el veintinueve, en la subdimensión social el veintitrés y en la económica el veinticuatro. Los indicadores sociales no son mucho mejores. Para el año 2010, la medición de la pobreza reflejaba que 3,777.700 personas se hallaban en situación de pobreza (el 78'40% de la población total), 752.300 en situación de vulnerabilidad (15'57%) y tan sólo 289.700 eran contabilizados como ni pobres ni vulnerables a la pobreza (5'44%); la pobreza alimenticia afectaba a 2,452.766 personas (50'89%); la población con un ingreso inferior a la línea de bienestar mínimo ascendía a 2,452.000 (50'9%); el índice de marginación era del 2'32, lo que equivale a un grado muy alto, y el de desarrollo humano del 0'75, lo que equivale a un grado medio.

Por lo que a la población indígena se refiere, México suma la cifra más elevada de cuantos países conforman Latinoamérica, con más de 10 millones de personas (12%-15% de su población). Así, de los casi 25 millones de hogares mexicanos, algo más de 2

³ Estos y los datos que siguen tomados de <http://www.chiapas.gob.mx> [Fecha de consulta: 7 de julio de 2014].

millones están oficialmente contabilizados como indígenas (el 8'2% del total nacional). Unas cifras que se concentran de forma predominante en los estados de Oaxaca, donde suman algo más de 1 millón y medio de personas, y de Chiapas, con 1,250.008 (el 29'1% de la población del estado). En Chiapas habitan doce de los sesenta y dos pueblos indígenas reconocidos oficialmente en México.

Las cifras y datos aquí expuestos nos señalan los senderos que deberemos transitar si deseamos describir y analizar algunos de los sucesos de la más reciente historia chiapaneca. Unas líneas de estudio que pasarán por la cuestión indígena, cuyos componentes y derivadas han operado como verdadero eje axial en torno al cual han pivotado los sucesos acaecidos en el escenario chiapaneco durante las dos últimas décadas del pasado siglo XX y, por el momento, los tres primeros lustros del XXI; por la cuestión social, singularmente en todo aquello que se relaciona con los problemas vinculados con los sistemas y modelos de tenencia de la tierra; y, por último, por los episodios de rebeldía e insurgencia, tanto étnica como política, que debieron haber servido de anuncio a lo que estaba por venir. Nos valdremos de esta triple basa (indigenismo, tierra y rebeldía e insurgencia) para fijar la atención en la problemática específica que terminó por desencadenar la revuelta zapatista del 1 de enero de 1994. A ello dedicamos las próximas páginas.

II. UN CONFLICTO APENAS SOTERRADO

LOS ANTECEDENTES

Indigenismo

Los pueblos que habitaban México antes de la llegada de los conquistadores hispanos se conformaron a modo de pervivencia histórica que acompañó primero al transcurrir de la Nueva España virreinal y, más tarde, al de la nación independiente mexicana. Una pervivencia que atravesó por múltiples procesos de atracción y repulsa, de mestizaje y exclusión que los indígenas, mejor o peor, lograron sortear. Todo ello hizo de la “cuestión indígena” patrón definitorio de la historia de México y, durante el Ochocientos, preocupación cardinal del pensamiento político de ese país. En ese sentido, durante la primera mitad del XIX las elites intelectuales y políticas mexicanas hablaron sobre todo del lugar que los indios debían ocupar en la nueva sociedad en fase de construcción, lo que suponía el nacimiento de un indigenismo de nuevo cuño, sincero y preocupado por la situación de tan vasta masa de población desvalida. En esa corriente de “redención del indio” convergieron los liberales que formularon las Leyes de Reforma de las primeras décadas de la segunda mitad del siglo, los distintos gobiernos de Benito Juárez (1858-1872) y el régimen del general Porfirio Díaz (1876-1911), todo ello englobado en un proceso a nivel nacional de mestizaje e integración política (Krauze, 2005: 125, 249-250). Un mestizaje que, efectivamente, la realidad sociológica y las diversas mutaciones colectivas fueron generando, y una integración política que se adecuó perfectamente al consenso nacional que el liberalismo decimonónico anhelaba y plenamente necesaria si tenemos en cuenta que en el umbral del nuevo siglo, de los 15 millones de mexicanos, 2 eran indígenas.⁴

Tras las presidencias de Álvaro Obregón (1920-1924), Plutarco Elías Calles (1924-1928) y el periodo conocido como el Maximato (1928-1934), el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) prefirió trasladar el debate de lo cultural a lo social, en virtud de lo cual llevó a cabo un “indigenismo de integración”, por aculturación y asimilación progresiva, que pretendió resolver el problema indígena mediante políticas

⁴ Con un enfoque general, el antropólogo mexicano Rodolfo Stavenhagen niega que la integración de las naciones latinoamericanas sea producto del mestizaje, noción que para él es un “tópico frecuente en los países que tienen problemas étnicos que trata de convertir al conquistador y primer colonizador en el elemento negativo de una cadena histórica que sus descendientes superan y legitiman mediante el mestizaje que política, cultural, económica y socialmente ha representado el aislamiento cuando no la liquidación de ‘lo indígena’”. Rodolfo Stavenhagen, *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*, Barcelona, Anagrama, 1973 (en Vázquez, 1999: 61).

agrarias y educativas que buscaron integrar al indígena antes como colectivo social que como colectivo étnico. Cárdenas fundó el Departamento de Asuntos Indígenas (1936), cuyo objetivo último era erradicar la pobreza y la desigualdad, lo que supuso que las medidas que afectaron a los indígenas lo hicieron en tanto estos eran igualados a la categoría de campesinos. En ese contexto social se incluyeron programas de educación rural o, con carácter más ambicioso, la reforma agraria (Knight, 2001: 273). Las políticas de integración serían posteriormente sistematizadas a través del primer Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro (1940), dedicado a la promoción del indigenismo a nivel continental con el apoyo de su revista *América Indígena* (1941) y el de su principal instrumento administrativo, el Instituto Nacional Indigenista (1948).⁵ Décadas después, los presidentes Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982) redefinieron y pusieron en pie un nuevo “indigenismo de participación” con la creación de un Consejo Supremo para cada etnia y un Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, todo ello parte de una activa política de compensaciones sociales y aumento de la presencia del Estado en las distintas comunidades (fruto de ese “indigenismo de participación”, en 1972 se creó en Chiapas la Comunidad Lacandona). Ya en la última década del pasado siglo, el presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) modificó la Constitución para dar cabida al reconocimiento de los pueblos indígenas y al carácter multicultural de la nación, extendiendo el Programa de Solidaridad Nacional (Pronasol) a las zonas indígenas (Le Bot, 1997: 24-31). Unas medidas estas últimas que, en la práctica, resultaron mucho menos eficaces de lo que los voceros oficiales se encargaron de proclamar.⁶

La tierra

La revolución de 1910 tuvo en Emiliano Zapata su expresión más agrarista, tal y como ejemplifica el plan de Ayala (1911) y la ubicación del debate sobre la propiedad de la tierra en el centro de su ideario y acción política. Su radicalismo agrario logró influir en el gobierno del momento, la Convención de Aguascalientes (1914-1915), si bien pronto

⁵ “Se decía [en Pátzcuaro] que los indios estaban al margen de la civilización y del progreso, que no formaban parte de la nación y que mientras esta situación existiera, los países latinoamericanos no podrían realmente ser llamados naciones modernas. Era pues necesario y conveniente integrar, incorporar a los indígenas a la nacionalidad, borrar las diferencias entre ellos y el resto de la sociedad, proceder a la aculturación y asimilación de los indios. Para alcanzar tan elevados ideales, los gobiernos latinoamericanos pusieron en marcha una serie de medidas de política social y cultural que se conocen colectivamente con el nombre de *indigenismo*” (Stavenhagen, 1995: 314, en cursiva en el original).

⁶ Pronasol funcionó como remedo del populismo benéfico que en las décadas de 1930 y 1940 imperó en ciertos países latinoamericanos (México, Brasil, Argentina) o en la de 1980 en el Chile del general Augusto Pinochet. Una caridad política que pretendía suplantarse a un Estado de Bienestar inexistente en América Latina.

quedó reducido allí donde los seguidores de Zapata ostentaban el poder, fundamentalmente el Estado de Morelos. Sin embargo, la impronta del zapatismo alcanzó a la Constitución de 1917, y en ese sentido debe entenderse su artículo 27, que hacía posible la expropiación por parte del gobierno federal de la tierra infrautilizada en favor de los pequeños propietarios o las comunidades reconstituidas, así como la posibilidad de limitar la extensión de las haciendas con la intención de acotar la escala de los latifundios.

Para comprender el agotamiento del programa agrario zapatista hay que tener presente que para los líderes que se sucedieron en el gobierno nacional, Venustiano Carranza (1917-1920), Álvaro Obregón o Plutarco Elías Calles, la reforma agraria no fue nunca un proyecto querido y sí un instrumento obligado con el que sumar apoyos campesinos a sus respectivas propuestas políticas.⁷ En cualquier caso, la tendencia en favor de la hacienda que había primado durante el Porfiriato (1876-1911), se había invertido en favor de la propiedad campesina ejidal. Y es sobre esa corriente sobre la que Lázaro Cárdenas implementó su política agraria, añadiendo a la ofensiva contra el latifundio el envite a la propiedad privada, redistribuyendo casi dieciocho mil hectáreas de tierra, la gran mayoría de ellas en forma de ejidos, con lo que a la altura de 1940 el ejido suponía más de la mitad de la tierra arable puesta en cultivo (Hamnett, 2001: 261). Con el cambio de gobierno en favor de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) la reforma agraria quedó suspendida, las instituciones creadas durante la década de 1930 pasaron a servir a los caciques de los estados y los ejidos colectivos cardenistas comenzaron a marchitarse. Ello no impidió la prolongación de la retórica reformista bajo las presidencias de Adolfo López Mateos (1958-1964),⁸ Gustavo Díaz Orgaz (1964-1970) y Luis Echeverría, ni tampoco el lento deterioro de las condiciones de vida del campesinado mexicano.

El punto de no retorno llegó de mano de la política emprendida por el presidente Carlos Salinas de Gortari, dispuesto a completar el proceso liberalizador de la economía

⁷ Brian Hamnett anota que, pese a ello, la extensión ejidal fue una efectiva realidad: si en 1920 los ejidos representaban el 0'3% de la superficie agrícola, en 1934 suponían el 13'6%. Para el autor, una superficie todavía muy reducida que muestra la escasa prioridad política concedida al tema ejidal por parte de los gobiernos del momento (Hamnett, 2001: 252).

⁸ En el caso de López Mateos se puso en práctica algo más que una simple retórica reformista, pues con el fin de consolidar la lealtad del campesinado, el presidente ordenó la distribución de unos 11,4 millones de hectáreas entre más de 300.000 campesinos, cifras que sólo Cárdenas había superado (Smith, 2001: 347).

mexicana iniciado por sus antecesores. Salinas no dudó en atacar a uno de los tótems de la revolución, la reforma agraria, olvidando la responsabilidad gubernamental de redistribución de tierras a los campesinos a costa del sistema de hacienda y en favor del modelo de ejido, a lo que sumó la autorización dada a los campesinos integrados en los ejidos para transmutarse en propietarios privados una vez el ejido del que formasen parte hubiese decidido participar en el proceso privatizador (Hamnett, 2001: 307). Para que eso fuera posible el presidente promovió la modificación en enero de 1992 del artículo 27 de la Constitución, aquel que declaraba el derecho de los campesinos a la tierra y posibilitaba la restitución de la misma a las comunidades indígenas a través de la protección del ejido y la tenencia comunal.⁹ Al impulsar este proceso, Salinas despreció el concepto thompsoniano de “economía moral” (Thompson, 1995).¹⁰ Si al contrario que el mandatario mexicano optamos por tener en cuenta conceptos propios del análisis histórico, entenderemos que la descomposición del modelo ejidal y el olvido por parte del Estado de su papel protagónico en la redistribución de bienes (en el caso que nos ocupa, el acceso al usufructo y a la propiedad de la tierra), sólo podían ser entendidos por los directamente afectados por tales medidas en clave de amenaza, pues suponían la ruptura de las normas tradicionales de reciprocidad y del derecho a la subsistencia. La propagación de esa sensación entre el campesinado indígena chiapaneco, basada o no en hechos ciertos (y la sensación se correspondía con la realidad, en un momento en el que Chiapas concentraba más del 25% del global nacional de demandas insatisfechas de tierra), provocó que aquél participase en un alzamiento insurreccional.

⁹ Pese a los frenos y cortapisas de las últimas décadas, hacia 1992 el balance de tres cuartos de siglo de reforma agraria (1917-1992) resultaba francamente positivo: el 53'9% de la superficie nacional era propiedad social, de la cual el 31% correspondía a superficie parcelada y el 66'3% había sido declarada por los propios sujetos agrarios como tierras de uso común, primando en ambos casos el minifundio. Casi cuatro millones y medio de agricultores participaban de la propiedad comunal, frente a menos de dos millones de propietarios privados. Por lo que a la población indígena respecta, los ejidos participados por ellos suponían el 22'9% del total de los núcleos agrarios http://movimientos-sociales.blogspot.com.es/2008/11/movimientos-campesinos_29.html [Fecha de consulta: 25 de marzo de 2014].

¹⁰ Habla el historiador británico del debate abierto en los estudios africanos, asiáticos y latinoamericanos en relación con el concepto de “economía moral”, ocupado en “la dialéctica social de la mutualidad (necesidad y obligación) desigual que se encuentra en el centro de la mayoría de sociedades” (Thompson, 1995: 384). El concepto thompsoniano fue readaptado para su uso en el ámbito de los estudios campesinos por James C. Scott, quien lo aplicó a nociones de justicia social, derechos y obligaciones y reciprocidad. James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant*, New Haven, Yale University Press, 1976.

Rebeldía indígena e insurgencia izquierdista

En Chiapas, territorio en el que secularmente los blancos, españoles o criollos, apoyados por los mestizos, habían despreciado a los indígenas, el currículo insurreccional era amplio. Lo inició en 1532 el levantamiento de los indios chiapanecos contra su encomendero, Baltasar Guerra, con unos indios que abandonaron algunos de los poblados en los que habitaban para ser pronto derrotados por los españoles (Vázquez, 1999: 278). Más tarde tuvo lugar la rebelión de los tzeltales, los “soldados de la Virgen” (1708-1712, con un efímero rebrote en 1727), en respuesta a supuestas apariciones marianas. Entre 1867 y 1872 Chiapas acogió una versión de la Guerra de Castas,¹¹ protagonizada por los indios chamulas y cuyo origen se encontraba en el culto a unas “piedras parlantes” llovidas del cielo y la posterior aparición de un mesías indígena, Pedro Díaz, que vio en esos aerolitos una señal divina llamando a la manumisión violenta. Tras su apresamiento llegó a la zona un ingeniero capitalino, Ignacio Fernández, que a mediados de 1868 encabezó una revuelta comunitarista de unos seis mil tzotziles que llevó el terror a los habitantes blancos de la zona hasta que, tres años más tarde, tropas federales derrotaron a los levantiscos y pasaron por las armas a sus líderes (Krauze, 2005: 147-148). En 1911, durante los primeros momentos de la revolución, el sargento chamula Jacinto Pérez, *Pajarito*, se puso al frente de las comunidades chamulas y promovió el desfile de unas diez mil personas de esa etnia por las calles de San Cristóbal, ataviadas con sus trajes negros y blancos. La revuelta fue duramente reprimida (Volpi, 2004: 71-83, 87-88).

Por lo que a la insurgencia izquierdista chiapaneca se refiere, para su correcta comprensión debemos alzar la mirada al espacio nacional. México no fue ajeno a los procesos de militarización social y aparición de movimientos revolucionarios armados que recorrieron la práctica totalidad de América Latina bajo la directa influencia de la triunfante revolución cubana. La práctica y el simbolismo revolucionario, mezcla del modelo castrista y de la tradición revolucionaria autóctona, estuvo presente en México desde comienzos de la década de los sesenta. En esa tradición zapatista se insertaba Rubén Jaramillo, líder campesino del Estado de Morelos asesinado en 1962. A los maltrechos restos de la vertiente insurreccional campesina que había representado Jaramillo, vino a sumarse una corriente urbana protagonizada de forma preferente por

¹¹ Jan Bazant interpreta que la Guerra de Castas (1847-primer mitad de la década de 1850), además de conflicto étnico lo fue social (Bazant, 2001: 62-63).

estudiantes y clases medias ilustradas que estalló a modo de amplio movimiento de protesta social en 1968. Su final fue la matanza ocurrida en la plaza de las Tres Culturas, en Ciudad de México, en octubre de dicho año. A consecuencia directa de la masacre y la escalada de represión implementada por parte del Estado, aparecieron grupos de violencia urbana del tipo Liga 23 de Septiembre y resurgieron partidas revolucionarias en el ámbito rural, caso de las lideradas por dos maestros rurales, Lucio Cabañas en la región de Atoyac y Genaro Vázquez en la de Chilpancingo. Los guerrilleros de Cabañas forjaron en 1971 el denominado Partido de los Pobres, que llegó a secuestrar al gobernador del Estado, lo que no impidió su derrota final y la muerte de su líder (Hamnett, 2001: 297; Smith, 2001: 348, 353-354).

Las semillas insurreccionales alcanzaron Chiapas, donde el periodista Mario Menéndez formó el Ejército Insurgente Mexicano (EIM), que tras combatir varios meses con escaso éxito acabaría disolviéndose. Algunos de sus miembros, en agosto de 1969, fundaron en Monterrey las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN). Su número apenas alcanzó los nueve componentes, la mayoría estudiantes de clase media de la Universidad Autónoma de Nuevo León, siendo su responsable nacional César Yáñez y su segundo Alfredo Zárate. Simpatizantes de la revolución cubana, se mantuvieron al margen del Partido Comunista Mexicano (PCM) y del resto de movimientos revolucionarios del país. A los pocos meses de su creación, un grupo de militantes marchó a Chiapas para fundar el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata.¹² En 1974 las FLN y su ramificación chiapaneca, el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata, fueron desarticulados y muertos muchos de sus componentes, lo que no impidió que en 1976, al tiempo que renacían las FLN, se formase con la colaboración de miembros provenientes de otros grupúsculos político-militares el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Pero no fue hasta noviembre de 1983 cuando el EZLN estableció su primera célula en el interior de la Selva Lacandona.

¹² En ese grupo se hallaba Fernando Yáñez, hermano del que fuera responsable nacional de las FLN. Fernando formó también el movimiento Tierra y Libertad (Volpi, 2004: 93-95).

LOS PROTAGONISTAS

Los nuevos actores sociales étnicos

Esbozados los antecedentes del conflicto que estaba por venir, es momento de detener nuestra atención en sus principales protagonistas. En el escenario del conflicto, el Estado de Chiapas, y más concretamente en dos de sus quince regiones, Los Altos (sierras que rodean a San Cristóbal de Las Casas) y Selva Lacandona (tierras bajas del este del estado y los valles que en ellas se forman, conocidos como Las Cañadas), vivían a comienzos de la década de 1990 unas 200.000 personas repartidas en más de 200 comunidades. Nueve de cada diez colonos eran indígenas, de los cuales más de la mitad pertenecían a las etnias tzeltales, tojolabales, choles y, en menor cantidad, tzotziles. Territorios tradicionalmente dominados por una oligarquía heredera del pasado colonial ahora confundida con el poder político, que acaparaba las fincas de mejor calidad y las grandes haciendas ganaderas, dicha elite hacía un uso constante y sistemático de la corrupción y la violencia, apoyada para ello en las fuerzas del orden y en las guardias blancas. En esos territorios y a partir de la década de 1980, la explosión demográfica rural, el aumento de la cría de ganado, la prohibición de talar árboles, el deterioro ecológico, el flujo de mano de obra guatemalteca y, después de 1989, la caída de los precios de la carne y del café,¹³ agravado este último factor por la no renovación del acuerdo internacional sobre el café (1989), provocaron migraciones internas hacia la periferia de las ciudades de una y otra región (Los Altos y Selva Lacandona) y hacia las zonas de colonización de la Selva Lacandona. Unas zonas que el gobierno tomó como aliviaderos a la presión existente sobre la tierra, una vez que la crisis del dinámico sector cafetalero de las tierras bajas cercenó la posibilidad de la emigración campesina estacional desde las tierras altas. Así, a partir de la década de 1970 unas 100.000 personas se establecieron en la selva y formaron en ella sus ejidos (Hamnett, 2001: 318-319). A resultas de este proceso de migración interna las condiciones de vida de las comunidades indígenas se vieron agravadas, lo cual provocó que en el seno o en el entorno de esas comunidades los sectores disidentes crearan las suyas propias, transformadas y aculturadas, formulando nuevas identidades e inventando una etnicidad genérica, abierta y modernizada. Una modernización de las comunidades indígenas que

¹³ En su ajustado análisis sobre las causas de la crisis de la deuda latinoamericana que estalló en 1982 y en relación con la oferta de productos primarios que América Latina ofrecía al exterior, Luis de Sebastián afirma: "La producción de muchas de estas materias tarda en responder a los estímulos de un subida de precios (como el café, que lo hace hasta cinco años después), de manera que cuando los precios ya han comenzado a bajar, los frutos de decisiones tomadas con precios altos comienzan a aparecer" (Sebastián, 1988: 19).

resultó factor necesario en la aparición de las demandas de reconocimiento político y social ligadas a ellas, pero no suficiente. Lo cierto es que sólo a través del papel jugado por la Iglesia católica y a las luchas sociales mantenidas por dichas comunidades, es posible comprender el surgimiento de los nuevos actores sociales étnicos.

Por lo que a la Iglesia respecta, en un primer paso y retomando visiones queridas al indigenismo institucional (de hecho, sería el gobierno de Luis Echeverría quien decidió su organización), aquella promovió en 1974 la celebración en San Cristóbal de Las Casas de un Congreso Indígena en conmemoración del V centenario del nacimiento de Bartolomé de Las Casas, quien entre 1544 y 1546 fue titular de la diócesis de Chiapas. En ese contexto, el personaje central del cambio fue el obispo Samuel Ruiz García, que de su temprana orientación conservadora y debido a su participación activa en la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (1968) -traslado a tierras americanas del Concilio Vaticano II (1962-1965)-, y a su contacto con la realidad chiapaneca, transitó hacia “la opción preferencial por los pobres” propia de la teología de la liberación. Una teología que en Chiapas se distinguió por una fuerte voluntad indigenista que hizo aparecer “una Iglesia encarnada con rostro indígena” (Le Bot, 1997: 34-42). Aunque los nuevos agentes políticos que saldrán a la luz el 1 de enero de 1994 pretendieron minusvalorarla, la aportación de ciertos sectores de la Iglesia católica al desvelamiento del rostro indígena parece innegable.¹⁴

En relación con las luchas sociales mantenidas por las comunidades indígenas, decir que fruto del antes citado Congreso Indígena de 1974 brotaron en Chiapas numerosas organizaciones campesinas, algunas de las cuales actuaban a modo de ramificaciones regionales de entidades de alcance nacional, caso de la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ) o la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), mientras que otras eran específicas al territorio.¹⁵ Por lo que a

¹⁴ En cualquier caso y sin minusvalorar la impronta marcada por la Iglesia católica en la evolución social de América Latina durante las décadas de 1970 y 1980 (importancia que radicó en las atávicas ligaduras que liberó y en los cauces de participación social que conformó) y justo hasta la involución que supuso la aparición de la figura de Juan Pablo II, las llamadas comunidades eclesiales de base fueron ante todo *eclesiales* y, por ello, parte de la Iglesia. Su fuerza provenía de su fe. Para el caso mexicano, Jorge Castañeda cifra su número en más de cinco mil (en 1998), concentradas en los estados de Oaxaca, Chihuahua, Veracruz, Jalisco, México y, también, Chiapas (Castañeda, 1995: 251-252).

¹⁵ Para Yvon Le Bot, este segundo grupo de asociaciones resultan de mayor interés debido a que articularon el movimiento campesino más complejo, amplio y de mayor resonancia que se conozca durante este periodo en Chiapas; a que sus componentes eran mayoritariamente “indios”; y porque del encuentro de este movimiento con la guerrilla nació el zapatismo (Le Bot, 1997: 49-50). En Chiapas y en

estas últimas respecta, en 1975 se creó la Unión de Ejidos-*Quiptic ta lecubtesel* (en tzeltal, “nuestra fuerza para la liberación”) que reunía a comunidades tzeltales, mientras que en uniones similares se agrupaban comunidades tojolabales que habitaban en la región de Los Altos o en el norte del estado. El siguiente paso se dio en 1980 con la creación de la Unión de Uniones Ejidales y Grupos Campesinos Solidarios de Chiapas, dando pie a una dinámica intra e intercomunitaria que combinaba la afirmación cultural con luchas socioeconómicas en torno a los problemas del acceso a la tierra, el crédito, el transporte, la diversificación de los cultivos, la comercialización del café, la explotación maderera, la educación, la salud, el agua potable, etc. En esta fase surgieron tensiones entre la *Quiptic* y el resto de uniones, agravadas por la pugna desatada entre líderes indígenas ligados a la diócesis de San Cristóbal y un grupo maoísta afiliado a la organización Política Popular-Línea Proletaria. En esa pugna, los agentes pastorales de la diócesis convergieron con los miembros de la CIOAC, ligada al PCM y arraigada en Chiapas desde 1975. Los afiliados a la CIOAC, a diferencia de la estrategia del “paso a paso” maoísta, propugnaban la “lucha al golpe”, y esas diferencias serían resueltas con la expulsión de los territorios ligados a la diócesis de San Cristóbal de los principales dirigentes maoístas. A resultas de todo ello, hacia 1982-1983, la Unión de Uniones entró en crisis (Le Bot, 1997: 49-52). Mientras todo esto sucedía, al calor de la revolución sandinista la diócesis creó en 1980 su brazo doctrinal más militante, *Slop* (*raíz*, en tzeltal), que facilitó mediante su aquiescencia el paso de miembros de las comunidades a los grupos guerrilleros que por aquél entonces comenzaban a instalarse en las profundidades de la selva (Volpi, 2004: 100-101). La inmersión de dichos grupos en el convulso escenario existente en la región de Los Altos y en la de Selva Lacandona aglutinó los ingredientes necesarios para la constitución de un “comunitarismo armado” (Le Bot, 1997: 51). El factor precipitante fue el EZLN.

La irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional

A comienzos de los ochenta el EZLN ya actuaba en las cercanías de San Cristóbal. A partir de ahí, sus miembros fueron repartiendo sus posiciones en el interior de la Selva Lacandona y, al tiempo, entraban en contacto con *Slop*, la base cristiana más ideologizada de la diócesis. Algo que no pasó desapercibido al gobierno federal, y ante la evidente escalada de tensión racial y social que tenía lugar en la región, el gabinete

ciertas zonas limítrofes de Guatemala, históricamente a los criollos se les llamó “coletos” y a los mestizos “ladinos”. Unos y otros abusaron de los indígenas, los “indios”.

presidido por Miguel de la Madrid (1982-1988) optó por el nombramiento del duro general Absalón Castellanos como gobernador de Chiapas (1983). Al año siguiente, muchos de los líderes de las FLN, entre ellos el ya citado Fernando Yáñez, ahora comandante Germán, se trasladaron a Chiapas para proporcionar adiestramiento militar a pequeños grupos indígenas, mientras que otra facción, encabezada por Mario Sáenz, alias Alfredo, y en la que se encontraba un joven llamado Rafael Guillén, alias Zacarías y que luego sería conocido como subcomandante Marcos,¹⁶ se ubicó en la Selva Lacandona con la intención de formar los próximos cuadros zapatistas (Volpi, 2004: 101-102). A partir de ese instante la infiltración del EZLN en las comunidades indígenas chiapanecas progresó de forma casi ininterrumpida en un proceso que sólo puede comprenderse si atendemos a la necesidad mutua que unos tenían de otros: los zapatistas para lograr una base social sobre la que proclamar y expandir su doctrina revolucionaria, para dar sentido a su estadía en el interior de la selva y, también, para lograr el apoyo mínimo que les permitiera la supervivencia; los grupos más combativos de las comunidades indígenas para fortalecer su posición en el seno de sus respectivos grupos sociales, para dotar a su secular resistencia de una doctrina para ellos novedosa y esperanzadora y, en no menor grado, para armarse o aliarse con gentes armadas capaces de defenderlos de la presión de las fuerzas militares y de la de los esbirros de los grandes terratenientes del estado.¹⁷

En 1984 sucedió un hecho ajeno al panorama político chiapaneco que agregó tensión a una situación de por sí compleja. Sus orígenes se remontaban al año 1972 y se ubicaban en la vecina Guatemala, con la que Chiapas compartía la geografía física de la Selva Lacandona. En esa selva había nacido el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), que tras luchar y ser derrotado por el régimen genocida de Efraín Ríos Montt, se vio inmerso en un éxodo masivo en dirección al lado mexicano de la frontera. Además de un aumento de la tensión étnica, ello supuso un importante grado de influencia táctica del EGP sobre el EZLN (semejanzas en las formas de reclutamiento, en las armas a su disposición y en sus vínculos con las distintas organizaciones sociales de su entorno) y,

¹⁶ El presidente Ernesto Zedillo Ponce (1994-2000), en un intento de destruir el mito de Marcos ordenó divulgar que la verdadera identidad de éste era Rafael Sebastián Guillén Vicente, nacido en 1957 en Tampico e hijo de una familia profundamente católica dedicada al comercio de muebles, alumno de secundaria de los jesuitas, estudiante en la UNAM y, más tarde, profesor de filosofía en la Universidad Autónoma Metropolitana.

¹⁷ En relación con esto último, la primera acción armada de la guerrilla zapatista fue la formación de grupos de autodefensa en las comunidades indígenas, actuación que resultó clave en la explicación del posterior arraigo del EZLN entre esas poblaciones (Le Bot, 1997: 52-53).

sobre todo, estratégica, dado que los segundos copiaron de los primeros su “enérgica insistencia en el factor indígena en la política y la sociedad guatemaltecas, y en la vinculación con las luchas sociales del campesinado” (Castañeda, 1995: 109-110). De ello derivó la poderosa vinculación zapatista entre lucha de clases y rebeldía étnica.

En el ecuador de la década de 1980 el principal aliado del EZLN era la Unión de Uniones Ejidales,¹⁸ que en 1988 se transformó en la Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC). Pero la presión ejercida en el seno de la misma por la opción armada que representaba el EZLN provocó tensiones entre los partidarios de dicha opción y aquellos otros que pensaban que era posible alcanzar con los distintos estamentos y organismos oficiales acuerdos beneficiosos para las comunidades campesinas, una línea legalista y economicista que se fortaleció hasta el punto de que a finales de los ochenta los zapatistas fueron expulsados de la dirección de la ARIC. Éstos formaron en 1991 una organización rival que se implantó en Los Altos, en zonas del norte del estado y en la Selva Lacandona, la Alianza Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata (ANCIEZ), que pronto abandonó su fachada política para reconocer que su objetivo era construir una organización de carácter militar. A esa ruptura se sumaron las primeras desavenencias que a finales de los ochenta surgieron entre los zapatistas y la diócesis de Chiapas, preocupada ésta por la merma del papel desempeñado por *Slop* y por la proliferación de actos inamistosos por parte del EZLN (Le Bot, 1997: 54; Volpi, 2004: 103). A partir de ese momento, el EZLN y la diócesis de Chiapas optaron por caminos divergentes, aspirando a la revolución socialista el primero y a la conciliación social la segunda.¹⁹ Ello no supuso una ruptura definitiva y absoluta, tal y como posteriores acontecimientos demostraron, pero sí fijaron los límites de unos y otros a la hora de enfrentar la problemática social de la región.

¹⁸ Recuérdese lo ya dicho sobre sus orígenes en forma de Unión de Ejidos-*Quiptic ta lecutbesel* (1975).

¹⁹ Marcos siempre se ha manifestado crítico con el papel jugado por la Iglesia en Chiapas, tal y como lo recoge Carlos Tello: “Aquí no va a haber ARIC, no va a haber Palabra de Dios, no va a haber gobierno de la República. Aquí va a haber Ejército Zapatista de Liberación Nacional”. Carlos Tello, *La rebelión de Las Cañadas*, Ciudad de México, Cal y Arena, 1995 (en Volpi, 2004: 103). Las explicaciones a su minusvaloración del papel desempeñado por la diócesis regida por Samuel Ruiz pueden responder a causas múltiples: una ultracorrección de la hipertrofiada religiosidad vivida por el joven Marcos en su ámbito familiar; un agnosticismo coherente con su izquierdismo radical; o, tal vez, una sensibilidad especialmente perceptiva al peligro que la mezcla de etnicidad y religión pudieran promover en las comunidades indígenas, conocedor de los precedentes milenaristas y mesiánicos que habían acontecido tanto a lo largo de la historia novohispana como de la nación mexicana independiente. Es posible que una mezcla de todo ello pudiera hallarse en la opción final del subcomandante guerrillero.

1992 fue un año decisivo en el guión del relato chiapaneco debido a tres razones básicas, las dos primeras de carácter económico y, la última, cultural. En atención a su grado de relevancia, la primera razón fue la promulgación en enero de ese año de la reforma del artículo 27 de la Constitución, que abría la posibilidad del desmantelamiento de los ejidos y anulaba para los campesinos sin tierra y los pequeños campesinos cualquier atisbo de acceder a la posesión de la misma;²⁰ la segunda, la negociación abierta por el gobierno mexicano con los Estados Unidos de Norteamérica y el Canadá para la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA, por sus siglas en inglés); la tercera, la celebración del V Centenario de la llegada de Colón a tierras americanas. Dado que ya hemos tratado de la reforma del artículo 27 constitucional, nos detendremos aquí en los puntos dos (TLCAN) y tres (V Centenario), fundamentales ambos para comprender el estallido de la rebelión chiapaneca.

A pesar de que una lectura apresurada pudiera hacer aparecer al presidente Carlos Salinas de Gortari como ideólogo y autor de la deriva neoliberal de la economía mexicana, de la que el TLCAN es uno de sus exponentes máximos, lo cierto es que dicha orientación fue una realidad evidente a partir del estallido de la crisis de la deuda de 1982 y de las políticas económicas puestas en marcha bajo el gobierno inmediatamente anterior de Miguel de la Madrid. De lo que Salinas fue responsable, en su intento de modernizar la economía nacional, es del aceleramiento de dichas políticas y del consiguiente aumento, en un entorno económico y comercial hostil para los rubros básicos de la economía agropecuaria chiapaneca (fundamentalmente el café, pero también los productos cárnicos), de la desigualdad y el rezago social que padecieron las comunidades campesinas de dicho estado. Una modernización económica ofertada a ojos vista que se marcó entre sus objetivos la firma de un tratado comercial con el todopoderoso vecino del norte. Sin embargo, Salinas no reparó en las voces que le advertían de las severas condiciones que el TLCAN podía imponer sobre los sectores más deprimidos de la sociedad mexicana, dada la apertura irrestricta del espacio económico nacional al todopoderoso capital norteamericano y a unas empresas mucho

²⁰ El desmantelamiento de los ejidos era un grave problema en zonas como las tierras de colonización de la Selva Lacandona, donde unos 100.000 campesinos migrantes se habían establecido durante las dos décadas anteriores, singularmente tras la ruina de la economía cafetalera de las tierras bajas de finales de los ochenta. La amenaza salinista en forma de reforma constitucional (la ruptura de las normas tradicionales de reciprocidad), fue sentida por esos colonos indígenas a modo de declaración de guerra.

más dinámicas y competitivas que las mexicanas.²¹ El 1 de enero de 1994, fecha de entrada en vigor de los acuerdos, la revuelta zapatista de Chiapas confirmó tales augurios.

El tercer hecho determinante acaecido en 1992 se enmarca en el terreno de cultural. Cuando el México oficial celebraba el V Centenario del 12 de octubre de 1492, entre 5.000 y 10.000 indígenas, la mitad de ellos miembros de la ya mencionada ANCIEZ, marcharon sobre San Cristóbal de Las Casas y derribaron la estatua del fundador de la ciudad, Diego de Mazariegos, a modo de manifestación por la falta de derechos y de peculiar festejo a sus quinientos años de resistencia (Le Bot, 1997: 54-55; Vázquez, 1999: 69). No puede negarse que los indígenas chiapanecos sentían el año 1492 como el inicio de una historia de conquista y opresión.²²

Según algunos autores, la decisión de alzarse en armas y declarar la guerra al “mal gobierno” se tomó en una reunión mantenida en el mes de septiembre de 1992 en la que el subcomandante Marcos, tras criticar las dilaciones de la dirección de las FLN a la hora de declarar la guerra, manifestó la necesidad de tomar la iniciativa y evitar que los conflictos con la Iglesia y el resto de organizaciones campesinas debilitaran al EZLN. Se fundó entonces el Partido Fuerzas de Liberación Nacional, órgano supremo de la revuelta bajo el mando del comandante Germán, quedando Marcos como jefe militar.²³ Esta interpretación no concuerda con la ofrecida por la mayoría de analistas de la revuelta zapatista (Le Bot, 1997; Vázquez, 1999; Hamnett, 2001; Volpi, 2004; Sotelo, 2009), para quienes los protagonistas últimos fueron los indígenas, decididos por el

²¹ La Secretaría de Relaciones Exteriores del gobierno mexicano, a modo de breve balance tras dos décadas de pervivencia del TLCAN, expone: “México y Estados Unidos mantienen lazos económicos y comerciales que se han fortalecido con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, junto con Canadá. México es el segundo socio comercial de Estados Unidos y el primer destino de las exportaciones de California, Arizona y Texas, y el segundo mercado para otros 20 estados” <http://mex-eua.sre.gob.mx/index.php/comercio-e-inversion> [Fecha de consulta: 15 de julio de 2014]. Como resulta obvio, no se dice nada sobre la masiva entrada de insumos de producción que ha provocado el derrumbe de la industria nacional y una oleada de desempleo o sobre la escasa rentabilidad que la empresa maquiladora ha deparado a México. Tampoco sobre las vías que el TLCAN abrió para el acceso de los Estados Unidos de Norteamérica al crudo mexicano, recurso estratégico fundamental que explica buena parte del interés estadounidense por México <http://www.jornada.unam.mx/2013/08/21/opinion/024a1eco> [Fecha de consulta: 15 de julio de 2014].

²² También para el resto de pueblos indígenas del continente americano “el año 1992 -sesquicentenario de la invasión europea- constituyó una oportunidad para reafirmar su identidad colectiva y su lucha por sus derechos humanos” (Stavenhagen, 1995: 348). Actuó así y a buen seguro contra el deseo de sus organizadores oficiales, como un catalizador de la resistencia indígena, facilitando la emergencia de nuevos discursos étnicos y nuevas organizaciones y movimientos (Zúñiga, 2004: 233).

²³ Así lo afirman Maite Rico y Bertrand de la Grange en *Marcos, la genial impostura*, Madrid, El País Aguilar, 1998 (en Volpi, 2004: 106). Rico y de la Grange, corresponsales en México de *El País* y *Le Monde*, respectivamente, ofrecen en la citada obra una contraimagen en negativo del líder guerrillero.

alzamiento armado una vez consideraron cerradas todas las puertas. Así, habrían sido los indígenas chiapanecos quienes dieron al EZLN el grito de guerra y no al revés, tal y como confirma el propio Marcos en varias entrevistas.²⁴ La cuestión no es menor pues, en último extremo y caso de optar por la interpretación más generalizada, ello supone atribuir el protagonismo máximo de lo sucedido a los indígenas rebeldes y, a partir de ahí, admitir como causa principal del alzamiento, que nunca única, las seculares injusticias de carácter étnico y social que en un localizado espacio geográfico habían sufrido determinadas comunidades indígenas.

²⁴ Lo recoge Manuel Vázquez Montalbán en sus conversaciones con el líder guerrillero. En ellas, Marcos afirma que cuando las comunidades indígenas votaron la guerra, la estructura eclesial expresó claramente su disconformidad, ya que pensaba que iban a perder, que los iban a masacrar, tal y como había sucedido en Centroamérica. En ese contexto, el EZLN dijo que no, que saldría bien, que el país tomaría conciencia de lo que ocurría y que el movimiento indígena saldría beneficiado (Vázquez, 1999: 141-142).

III. UN CONFLICTO DECLARADO

1994-2014: TIERRA Y LIBERTAD

El 1 de enero de 1994, día feriado, entró en vigor el TLCAN y, en esa misma madrugada, los guerrilleros del EZLN ocupaban cinco localidades del Estado de Chiapas: Altamirano, Chanal, Las Margaritas, Ocosingo y San Cristóbal de Las Casas. Trascurridos los años y una vez que los sucesos de Chiapas han alcanzado su plena mayoría de edad, el levantamiento y sus posteriores desarrollos han sido objeto de diversos intentos de periodización histórica. Hubo quienes, analizando pronto el conflicto, optaron por dividir lo sucedido en dos grandes fases.²⁵ Es el caso de Manuel Vázquez Montalbán, para quien la matanza de Acteal de diciembre de 1997 supuso un antes y un después en el conflicto (Vázquez, 1999: 28-29). Otros, aun realizando más tarde su estudio, mantienen esa misma estructura dual, como ejemplifica Jorge Volpi, quien ve como parteaguas del movimiento el mes de junio de 1994, cuando el EZLN emitió el comunicado en el que informaba del rechazo por parte de las comunidades zapatistas de la oferta de paz del gobierno, dio salida a la *Segunda Declaración de la Selva Lacandona* y convocó la Convención Nacional Democrática (Volpi, 2004: 320-322). Más completa es la periodización ofrecida por Adrián Sotelo y que por extenderse hasta 2006, año tras el cual apenas han sucedido novedades significativas, podemos dar, a fecha de hoy, por definitiva. Sotelo distingue cuatro fases en el zapatismo contemporáneo. La primera va del alzamiento del 1 de enero de 1994 a los primeros efectos de los Acuerdos de San Andrés, firmados entre el gobierno federal y el EZLN en febrero de 1996. La segunda de la presentación, en febrero de 1998, de una iniciativa de Ley sobre Derechos y Cultura Indígena, hasta marzo de 2001, mes de llegada de la marcha zapatista a Ciudad de México. La tercera arrancaría de esa fecha y culminaría en junio de 2005 con la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*. Y, la cuarta, se iniciaría a comienzos de 2006 con la apertura de una nueva oleada de movilización social, la conocida como la Otra Campaña (Sotelo, 2009: 1.330).

A nuestro parecer, hablar de fases en el movimiento zapatista sólo tiene interés si con ello logramos aportar claridad a la comprensión global de su recorrido histórico.

²⁵ En ese sentido y sin tratarse de una periodización *stricto sensu*, uno de los conceptos más inteligentes que han sido aplicados al cronograma insurgente zapatista lo ofreció el corresponsal de *La Jornada* en Chiapas, Hermann Bellinghausen, en un trabajo publicado en dicho periódico mexicano el 7 de febrero de 1994, al definir lo sucedido hasta ese momento como la “fase semántica de la revolución” (en Vázquez, 1999: 165).

En ese sentido, dos serían los hitos fundamentales. El primero de ellos la firma de los Acuerdos sobre Derechos y Cultura Indígenas de San Andrés Larráinzar de 16 de febrero de 1996, en tanto supusieron el reconocimiento por parte del gobierno mexicano de que la cuestión indígena era un asunto no resuelto y propiciaron la presencia de la comunidad internacional como nuevo agente en el proceso de validación de los derechos de esas poblaciones. A ello debemos sumar que los citados Acuerdos consolidaron al EZLN como actor político legitimado para representar a las comunidades indígenas, dotado así de la plena capacidad de negociación e intervención en el conflicto recién asumido. El segundo mojón del recorrido zapatista fue la marcha que en su intento de contrarrestar las actuaciones gubernamentales por desconocer lo firmado en San Andrés, entre febrero y marzo de 2001 condujo a los líderes del movimiento de Chiapas a Ciudad de México. La inmediata derrota legal con la que los tres grandes partidos mexicanos castigaron a los zapatistas, ejemplificada en la aprobación de lo que para éstos fue una muy restrictiva ley de derechos indígenas, mostró la clave de bóveda de la capacidad de influencia política del movimiento zapatista.

En otro orden de cosas, cabe señalar que han sido varias las claves ofrecidas para interpretar la insurrección chiapaneca de enero del 94. Para el sociólogo francés experto en guerrillas latinoamericanas Yvon Le Bot, los zapatistas se nutrieron de una triple fuente: las guerrillas izquierdistas latinoamericanas, el imaginario étnico indígena y el pasado insurgente mexicano (Le Bot, 1997: 61-62), una interpretación que con ligeros matices acepta el escritor español Manuel Vázquez Montalbán, para quien el zapatismo halló su origen en la sincera mixtura entre la tradición de resistencia indígena y la teoría del foquismo revolucionario guevarista, superviviente gracias al mantenimiento de la revolución cubana y al triunfo sandinista de los años ochenta (Vázquez, 1999: 69). En una línea más introspectiva se sitúan las interpretaciones provenientes del país mesoamericano. Así, el también escritor Jorge Volpi, doctorado con una tesis sobre Marcos y los intelectuales titulada *La guerra y las palabras* (1994), incide en la excentricidad de Chiapas y la de sus habitantes indígenas en la historia nacional, así como en el mantenimiento subrepticio del viejo sistema de castas (Volpi, 2004: 17). Sin embargo, el intelectual Roger Bartra señala que el verdadero detonante no fue el tradicional atraso del sureste indígena, sino “precisamente la llamada política moderna

de Salinas de Gortari”.²⁶ La profesora María Novoa incide en la idea de que el EZLN bebió del agrarismo revolucionario mexicano y de “su experiencia de organización políticamente autónoma, socialmente colectivista y militarmente protegida” (Novoa, 2012). Mientras, el también profesor Adrián Sotelo, prefiere subrayar la matriz indígena y campesina de un movimiento zapatista que desgaja de un EZLN al que liga con la radicalidad revolucionaria de 1917.²⁷ Por último, el politólogo y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Jorge Castañeda, señala el impacto que la sublevación indígena tuvo en el imaginario social latinoamericano en virtud de tres coordenadas: la secular situación de marginación y desamparo de las comunidades indígenas del hemisferio, la epidérmica violencia que habita en América Latina y el debate irresoluto sobre la viabilidad u ocaso de la lucha armada revolucionaria en dicho territorio. A ello añade una lectura en clave reformista de la insurgencia zapatista y el carácter táctico de su recurso a las armas, lo que le sirve para reforzar su tesis de que de dicha apuesta no sale revolución alguna (Castañeda, 1995: 1-2). Volveremos más adelante sobre las posiciones del profesor de la UNAM.

Más allá del recuento de las fases e interpretaciones dadas al zapatismo contemporáneo y regresando a la acción de armas del 1 de enero de 1994,²⁸ es preciso señalar que a las pocas horas de iniciada ésta los insurgentes repartieron entre la población y los primeros periodistas que acudieron al lugar hojas volanderas en las que se contenía una de las muchas prácticas de lucha propagandística a las que el EZLN ha recurrido en estas dos décadas de declarada insurgencia. Se trataba de la *Declaración de la Selva Lacandona*, la cual se abría con el célebre “Hoy decimos ¡Basta!”. De forma inmediata el Estado mexicano respondió al desafío armado insurgente y, en menos de una semana, el Ejército Federal recuperó el control de las cinco localidades tomadas anteriormente por los zapatistas, lo que obligó a éstos a retirarse hacia zonas agrestes de complicado acceso para el Ejército. Una rápida respuesta que, sin embargo, no pudo impedir que en las primeras horas de hostilidades los guerrilleros tomaran como

²⁶ La tesis de Roger Bartra aparece en el prólogo al libro de Luis Méndez y Antonio Cano, *La guerra contra el tiempo-Viaje a la selvaalzada*, [s. l., s. n.], 1994 (en Vázquez Montalbán, 1999: 17-18).

²⁷ Por zapatismo entiende el “Movimiento formado por campesinos-indígenas de cuatro etnias mayas (choles, tzeltales, tzotziles, tojolabales), localizadas en el Estado de Chiapas, México. Guarda lazos estrechos con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que representa la continuidad histórica de la vertiente radical de la Revolución Mexicana (1910-1917) encabezada por Emiliano Zapata” (Sotelo, 2009: 1.329).

²⁸ Para las noticias cronológicas que siguen en los siguientes párrafos, las dos fuentes fundamentales han sido Yvon Le Bot y Jorge Volpi (Le Bot, 1997: 25-27; Volpi, 2004: 369-381).

prisionero a quien entre 1983 y 1988 había sido gobernador del Estado de Chiapas, el general Absalón Castellanos.

En realidad, el levantamiento armado del 1 de enero tuvo mucho más de levantamiento que de armado, como lo demuestra el que durante esos primeros días numerosos zapatistas desfilaron portando fusiles de madera y armas blancas de diversos tipos, sin apenas armamento de fuego. Ello se debía a que la mayor parte de los protagonistas del alzamiento, fuera de un núcleo restringido de cuadros militares y políticos, eran “campesinos que empuñan las armas (palos y rifles viejos) a la hora del levantamiento y luego regresan a sus actividades cotidianas, a la manera de los campesinos-soldados de Emiliano Zapata” (Le Bot, 1997: 66). Tan poco armado fue el levantamiento que, según testimonio de los propios zapatistas, estos no habían obtenido ayuda militar alguna de otros movimientos revolucionarios centroamericanos y, más bien, incomodaron a la guerrilla guatemalteca del EGP, para la que México era lugar de apoyo y refugio y con cuyo gobierno convenía hallarse en entente cordial. El EZLN no tenía armas ni las esperaba, pues el fluir insurreccional latinoamericano se hallaba desde hacía unos cuantos años en franca desbandada y escasa ayuda podía esperarse del internacionalismo revolucionario cubano, dada la difícil situación del régimen castrista tras la debacle del Este y el ya asumido fracaso de todo intento de insurrección socialista en la cartografía latinoamericana.

Un grupo alzado en armas desarmado supone, por definición, un oxímoron irresoluble. Sabedores de los estrechos límites en los que en ese terreno estaban condenados a moverse, los insurgentes supieron aprovechar bien sus escasas oportunidades. La primera les vino dada por el obispo de la ciudad de San Cristóbal, Samuel Ruiz, quien el 2 de enero y con las patrullas zapatistas recorriendo las calles de una localidad ocupada, declaró haber recibido propuestas gubernamentales para actuar como mediador en el conflicto. La segunda oportunidad fue fruto de la primera, cuando tras el nombramiento el 10 de enero de Manuel Camacho Solís como comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas, y la marcha dos días más tarde de más de 100.000 personas por las calles de Ciudad de México exigiendo la paz, el presidente Salinas declaró un alto al fuego unilateral por parte del Ejército. La tercera oportunidad llegó de la mano de la sociedad civil mexicana, de numerosas organizaciones sociales, medios de comunicación (en ese sentido destacan los escritos del periódico izquierdista

La Jornada, desde un primer momento receptivo a las demandas zapatistas y, también, del semanario *Proceso*) y de buena parte de la *intelligensia* del país (la negativa más significativa hacia el alzamiento estuvo en la pluma del prohombre de las letras mexicanas, Octavio Paz).

Todo este proceso condujo al EZLN a la aceptación de la oferta de diálogo emanada del poder del Estado. ¿Fue ello un éxito o un fracaso? Si atendemos a la debilidad militar zapatista fue un logro seguro, pero si lo valoramos en función de los objetivos iniciales del grupúsculo guerrillero llegado a la selva a comienzos de la década de 1980, cuando la revolución era una utopía al alcance de la mano, sólo podemos entenderlo como un fracaso. Tal vez la postura más adecuada sea aquella que entiende que para los zapatistas, la oferta de diálogo y la frágil paz de ella emanada fueron un fracaso capaz de transmutarse, al menos en parte y bajo condiciones externas favorables, en éxito. Veamos por qué.

El levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994 fue un fracaso en tanto fue el fin de aquel sueño noble de la revolución popular y latinoamericanista, capaz de revertir el orden social y político impuesto por las distintas oligarquías en los distintos países, unas y otros bajo la férula del imperio *yankee*. Un fracaso también en cuanto confirmó las ideas de quienes, como el mexicano Jorge Castañeda (Castañeda, 1995), veían la irremediable transformación de toda la izquierda armada latinoamericana en fuerza política posibilista, nunca revolucionaria. Fracaso de los propios guerrilleros llegados a las selvas de Chiapas en su contacto con los habitantes nativos de las mismas, indígenas que les forzaron a transformar sus demandas de clase y su original proyecto basado en tácticas político-militares, en grito social sí, pero bajo parámetros étnicos. Si el choque del movimiento político con el étnico fue favorable a éste último, también el choque de aquél con el movimiento social fue desfavorable al primero. Un nuevo fracaso del EZLN ante la sociedad civil y ante el propio Estado, pues los postulados zapatistas de lucha armada fueron desatendidos por aquella, partidaria de que a la democracia se transitase por vías pacíficas (tal y como había mostrado la manifestación del 12 de enero en Ciudad de México), y también por éste, precavido para no tensar los equilibrios internos del país ni los externos en clave de relaciones internacionales en caso de emplear una violencia que sólo podía ser, dada la diferencia de magnitudes, desmedida. Sin embargo, y precisamente a causa del carácter irrevocable de todos y cada uno de

esos fracasos, pudo el EZLN desechar algunas de sus iniciales proclamas y reconvertir fiascos en conquistas. Sólo así es posible entender su persistencia tras dos décadas de insurgencia.

El primer éxito zapatita fue la propia supervivencia física del EZLN en un escenario que en el plano militar le era totalmente desfavorable. Veinte años de zapatismo, con lo que ello implica de movilización social mantenida en el tiempo y de perturbación de la *pax* querida por el poder, es un tanto no pequeño a favor de los insurgentes.²⁹ El segundo éxito radicó en la plasticidad del movimiento y en su capacidad para reelaborar sus planteamientos ideológicos y estratégicos, haciendo coincidir sus renovados mensajes con los desafíos que históricamente acompañaban al sistema político mexicano: una corrupción rampante, un modelo de carácter clientelar extendido no sólo en terrenos políticos sino entre los más profundos sustratos de la sociología nacional, la falsedad del sistema electoral, la sumisión de la sociedad civil bajo el peso impositivo del Estado, etc. En ese sentido cabe hablar de cómo el EZLN supo dar voz a los excluidos, pese a no ser éstos ni los obreros industriales y urbanos, ni los miembros de las clases medias progresistas de entre las cuales los guerrilleros habían extraído sus originarias bases militantes. Los nuevos excluidos eran campesinos, rurales e indígenas, a los que el zapatismo ofreció la posibilidad de un germen de independencia y autogobierno que en buena medida las comunidades en las que aquellos habitaban supieron aprovechar.³⁰ La democratización de México y la participación plena en ese proceso de todos los mexicanos -“coletos”, “ladinos” e “indios”-, es una de las más seguras, por válidas, apuestas zapatistas. El tercer triunfo del EZLN fue la ruptura, quien sabe si definitiva, del discurso indigenista oficial, aquel que hablaba de la disolución identitaria y de la indianización totalizadora. Una quiebra que, afortunadamente, no implicó la sustitución del viejo indigenismo por un neoindigenismo esencialista en búsqueda de prístinas arcadias perdidas. Antes al contrario, la apuesta zapatista por una autonomía indígena capaz de articular redes asociativas intra en intercomunitarias y, en un plano más elaborado, la hegemonía de

²⁹ Durante la visita que en junio de 2014 el presidente de México, Enrique Peña Nieto, realizó a España, dos simpatizantes del EZLN irrumpieron en el Teatro Real de Madrid en el instante en que el mandatario mexicano se disponía a iniciar su discurso. Lograron exhibir pancartas y lanzar sus consignas contra el hostigamiento a las comunidades zapatistas de Chiapas antes de ser reducidos por la seguridad presidencial. En el exterior del recinto, otro grupo de activistas esperaba para mostrar su descontento. Lo sucedido tuvo su oportuna repercusión en los medios de comunicación españoles.

³⁰ Brian Hamnett prefiere hablar de “apropiación” del levantamiento indígena por parte del EZLN, si bien utiliza el término bajo una acepción descriptiva y no como valoración negativa (Hamnett, 2001: 320).

ese mismo concepto de autonomía como vehículo sobre el que articular la construcción de las comunidades indígenas como sujetos históricos, es digna de todo encomio.³¹ La etnicidad zapatista se desvela así como aportación cultural asimétrica pero no subordinada, plena de contenido igualitario y potencialmente revolucionario (en el sentido de una alternativa radicalmente distinta a lo ya conocido).

Retomando la narrativa de los hechos, señalar que el 12 de enero de 1994 y una vez alcanzado el alto al fuego, el obispo Samuel Ruiz fue aceptado por ambas partes como mediador en el conflicto. A ello siguieron unos primeros gestos de buena voluntad (entre ellos la liberación el 16 de febrero del que fuera gobernador del Estado, Absalón Castellanos), que posibilitaron el inicio del diálogo de paz en la catedral de San Cristóbal entre dirigentes del EZLN y miembros del Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI)³², de un lado y, de otro, el comisionado gubernamental Manuel Camacho. El proceso dio lugar, según expresión de Yvon Le Bot, a una “extraña paz armada” durante la cual sucedieron hechos tan relevantes como el asesinato del candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio (23 de marzo) y el de José Francisco Ruiz Massieu, secretario general de dicho partido (28 de septiembre). Entretanto, el EZLN, tras la consulta a sus bases, desestimó las propuestas del gobierno emanadas de los diálogos de paz (12 de junio) y Manuel Camacho renunció a su cargo de interlocución. A results de lo primero, el EZLN anunció su determinación de romper el diálogo (8 de octubre). En ese clima de tensión política nacional y de latente estado de guerra en Chiapas, Ernesto Zedillo Ponce, vencedor en representación del sempiterno PRI en las elecciones del 21 de agosto, tomó posesión el 1 de diciembre de 1994 de la banda tricolor presidencial.³³ La ruptura del proceso de paz, la profunda

³¹ El nuevo indigenismo nacido en Los Altos y en Selva Lacandona se vincula con una noción de identidad también nueva y, en ese sentido, la identidad del nuevo indigenismo no es tanto un reconocimiento de la propia tradición como una proyección hacia el futuro, no tanto cómo se les ha representado sino en qué podrían convertirse. Un esquema similar desarrolla Stuart Hall al tratar de la necesidad del concepto de identidad para el autorreconocimiento colectivo: “Aunque parecen invocar un origen en un pasado histórico con el cual continúan en correspondencia, en realidad las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser” (Hall, 2003: 17).

³² En teoría el CCRI opera como dirección política del EZLN y se halla integrado por los representantes de las poblaciones que sirven de apoyo de base a los zapatistas. Sus miembros tienen el grado de comandantes, lo que les situaría por encima de los subcomandantes del EZLN. En la práctica no tenemos tan claro que esto sea o haya sido siempre así. En cualquier caso, por encima de todos ellos se sitúa el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN (CCRI-CG), máxima instancia zapatista que integra al resto de organizaciones.

³³ Para esas elecciones, tal y como repetiría para las municipales de 1995, el EZLN llamó en Chiapas, según caso y localidad, a la abstención, la anulación del voto o el voto a favor del candidato opositor, normalmente del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Aunque tal disparidad de opciones hizo

ilegitimidad a la que el régimen priísta había llegado y el incremento de la degradación económica y social de la población indígena del Estado de Chiapas (y de México en general), provocaron la reacción del EZLN. El 19 de diciembre de 1994 los zapatistas rompieron el cerco militar y ocuparon de forma pacífica localidades ubicadas fuera de los límites de la originaria zona de conflicto, lo que fue respondido por el Ejército Federal con una victoriosa ofensiva que le hizo recuperar sin apenas lucha el territorio antes ocupado por los zapatistas. Seguidamente y en un intento de desacreditar al enigmático y enmascarado líder del EZLN,³⁴ el gobierno reveló su verdadera identidad. Pero tampoco la sustitución del subcomandante Marcos por el profesor universitario Rafael Sebastián Guillén Vicente trunció la fuerza de la insurgencia indígena.

Ante esa situación de equilibrio inestable los zapatistas optaron por iniciativas políticas dotadas de alto contenido simbólico. Es en ese contexto donde debe enmarcarse uno de los instrumentos más reconocidos de la acción pública zapatista, sus comunicados políticos, cuya máxima expresión son las seis *Declaraciones de la Selva Lacandona* aparecidas hasta la fecha.³⁵ En todas ellas, el estribillo “democracia, libertad y justicia”, usado ya por los zapatistas en febrero de 1994 durante sus negociaciones con el comisionado gubernamental, Manuel Camacho, es parte consustancial del discurso ideológico que el EZLN ha hecho suyo. En relación con esto, el profesor Jun-ichi Yamamoto realizó un estudio de las cinco primeras *Declaraciones* zapatistas difundidas en internet basándose en la metodología del análisis de contenido (Yamamoto, 1998). En él, además de confirmar la evolución del pensamiento político del EZLN desde una postura izquierdista clásica a una indigenista democrática y pacifista,³⁶ muestra como la

casi imposible evaluar su influencia electoral, lo cierto es que los resultados fueron muy inferiores a sus expectativas (Le Bot, 1997: 79).

³⁴ Del uso de la máscara como elemento defensivo de los insurgentes, se transitó paulatinamente al de la máscara como metáfora de una sociedad enmascarada, siendo el pasamontañas zapatista el espejo donde aquella se reflejaba. A ello se añade que, según Marcos: “A nosotros nadie nos miraba cuando teníamos el rostro a descubierto, ahora nos están viendo porque tenemos el rostro cubierto” (Vázquez, 1999: 144).

³⁵ La *Primera Declaración de la Selva Lacandona*, que se abre con “Hoy decimos ¡Basta!”, al modo de uno de esos gritos tan queridos y frecuentes en la historia de América Latina, tiene por fecha 1993, aunque se dio a conocer en las primeras horas de 1994; la *Segunda* el 10 de junio de 1994; la *Tercera* el 1 de enero de 1995; la *Cuarta* el 1 de enero de 1996; la *Quinta* el 19 de julio de 1998; y, la *Sexta*, junio de 2005. La mayor elasticidad que van ganando las fechas y el hecho de que desde la última *Declaración* haya transcurrido casi una década, es muestra evidente del cansancio que soporta el movimiento zapatista.

³⁶ Yamamoto inscribe esos cambios en las luchas de poder mantenidas en el seno del EZLN. Siguiendo a los ya citados Maite Rico y Bertrand de la Grange, así como a Andrés Oppenheimer, autor de *México: en la reforma del caos. La crisis de los noventa y la esperanza del nuevo milenio*, México, Ediciones Étoile, 1996, Yamamoto dibuja cómo Marcos se alzó con el poder en el interior del EZLN desplazando a otros líderes, y una vez vista la reacción de simpatía que a nivel nacional e internacional había suscitado la

palabra “libertad” es usada en esos cinco textos a través de los rangos de aparición 1, 17, 7, 1 y 8; la palabra “justicia” lo hace en 3, 15, 9, 10 y 17; y la palabra “democracia” en 1, 22, 12, 17 y 11. Por nuestra parte, hemos analizado la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* para obtener unos resultados de prevalencia de 7 para el término “libertad”, 9 para el de “justicia” y 7 para “democracia”.³⁷

Junto a las *Declaraciones*, el movimiento zapatista puso en marcha desde bien pronto otras plataformas desde las cuales difundir su persistencia. En busca de romper el cerco de aislamiento al que el gobierno quería someterles, entre el 6 y el 9 de agosto de 1994 los zapatistas celebraron en el Aguascalientes de Guadalupe Tepeyac la Convención Nacional Democrática, primer encuentro con la sociedad civil al que acudieron más de 6.000 personas;³⁸ entre el 27 de agosto y el 3 de septiembre de 1995 lanzaron una consulta nacional e internacional sobre la orientación que debía darse a su lucha; el 1 de enero de 1996 anunciaron la creación de un frente civil paralelo al militar que comandaba el EZLN, al que dieron por nombre Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN); entre el 27 de julio y el 3 de agosto de ese mismo año tuvo lugar en los cinco Aguascalientes de Chiapas el Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, también conocido como “Encuentro Intergaláctico”, al que acudieron más de 3.000 personas desde los cinco continentes; y el 12 de octubre de 1996, la comandante indígena Ramona, una de las figuras más populares del movimiento, participó en el Congreso Nacional Indígena de Ciudad de México pronunciando un encendido discurso ante las miles de personas reunidas en la principal plaza de la urbe mexicana.

Pero además de iniciativas simbólicas y plataformas públicas, el EZLN necesitaba la paz. Ello facilitó que una vez el Ejército Federal hubo concluido su ofensiva de febrero de 1995, en abril de ese mismo año se crease la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI), encabezada por el obispo Samuel Ruiz, que tuvo en dicha comisión su última oportunidad como hombre de paz. Junto a la CONAI se creó la

revolución indigenista, cómo supo mutar de manera interesada su retórica socialista por otra indigenista (Yamamoto, 1998: 10-12).

³⁷ <http://espaciolibremexico.wordpress.com/2012/10/25/seis-declaraciones-de-la-selva-lacandona/> [Fecha de consulta: 24 de julio de 2014].

³⁸ Las sesiones se celebraron en un anfiteatro mandado construir de forma expresa en medio de la selva, que recibió el nombre de Aguascalientes en recuerdo de la Convención celebrada en esa ciudad en 1914 por los partidarios de Villa y Zapata en defensa de sus posiciones agraristas y contra los intereses burgueses representados por Carranza.

Comisión de Concordia y Pacificación (COCOPA), integrada por miembros de aquellas fuerzas políticas que gozaban de representación parlamentaria en el Congreso mexicano. En ese nuevo clima de concordia se retomaron las conversaciones de paz a partir del mes de mayo de 1995 entre el gobierno de Ernesto Zedillo y el EZLN, las cuales tuvieron lugar en el municipio tzotzil de San Andrés y, el 16 de febrero de 1996, se firmaron los Acuerdos sobre Derechos y Cultura Indígenas, conocidos como Acuerdos de San Andrés, en los que se trataba sobre el reconocimiento de los derechos y la cultura indígenas, su inclusión en la Constitución, el respeto a su autonomía y la protección de sus culturas autóctonas.³⁹ Mientras proseguían las conversaciones, la COCOPA redactó una Propuesta de Ley Indígena con la que pretendía integrar en la Constitución los Acuerdos de San Andrés. El EZLN apoyó dicha propuesta pero no así el gobierno, lo que fue cambiando el rumbo de los acontecimientos y la percepción de un pacto más firme y duradero se fue disolviendo. Ese nuevo clima hostil y el incumplimiento gubernamental de lo anteriormente suscrito, provocó en septiembre de 1996 que el EZLN se levantase de la mesa de diálogo. Pero habría que esperar algo más de un año para que la tensión alcanzase unos niveles similares a los de los primeros días del mes de enero de 1994. En Acteal, pueblo ocupado por los zapatistas, el 22 de diciembre de 1997 fuerzas paramilitares mataron a cuarenta y cinco tzotziles, en su mayoría mujeres y niños sin capacidad alguna de defensa. El incumplimiento por parte del gobierno de lo firmado en San Andrés y los crímenes de Acteal, movieron al EZLN a promover la que denominaron Consulta nacional por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indios y por el fin de la guerra de exterminio, que se celebró en el mes de marzo de 1999 y que sumó la participación de casi tres millones de votos en toda la República.

Uno de los asuntos centrales para los zapatistas y cuya no aceptación por el gobierno provocó en buena medida las tensiones y fracasos antes mencionados, fue el de la autonomía de las comunidades indígenas creadas por el EZLN. Los primeros municipios autónomos se instituyeron a partir de diciembre de 1994, cuando se fundaron treinta y dos “municipios indígenas rebeldes”. Su primera legitimidad se fundamentó por parte zapatista en los dictados del Tratado 169 de la Organización

³⁹ “Los acuerdos entre el Gobierno mexicano y los zapatistas en San Andrés Larráinzar marcan una etapa en las relaciones entre indígenas y Estado. En dichos acuerdos, que realmente no son cumplidos, se habla de reconocimiento, derechos de los pueblos indígenas y de autonomía. El debate sobre la autonomía indígena no se proyectó con fuerza a nivel nacional hasta que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) lo adoptó como parte de su programa político” (Zúñiga, 2004: 231).

Internacional del Trabajo (OIT), que el gobierno de México había suscrito en 1990, y se reafirmó en los ya citados Acuerdos de San Andrés.⁴⁰ Ante el desafío que para las elites políticas dominantes representaba un modelo municipal autónomo que, forzosamente, implicaba la expansión de los límites de participación democrática de los ciudadanos por él afectados, el gobierno de Zedillo procedió al desmantelamiento, por la fuerza si era preciso, de tantos “municipios indígenas rebeldes” como fuese posible: el 11 de abril de 1998 el de Ricardo Flores Magón; el 1 de mayo el de Tierra y Libertad; el 3 de junio el de Nicolás Ruiz...

Otra línea de presión estatal fue, a partir de la primavera de 1998 y en consonancia con el desmantelamiento de los municipios autónomos, la expulsión de activistas extranjeros simpatizantes con la causa zapatista y de observadores internacionales acusados de ser favorables al EZLN. Pero el gobierno empezó a tener problemas con los suyos, pues cada vez le resultaba más difícil controlar a las organizaciones priístas locales decididas a no perder la hegemonía que tradicionalmente venían ejerciendo sobre el terreno. La situación amenazaba seriamente con desbordarse y provocar una aguda escalada de violencia en la zona, lo que tuvo para el gobierno repercusiones internacionales, dadas las presiones del gobierno estadounidense en favor de la resolución de la crisis (Hamnett, 2001: 323). Para complicar más las cosas, la CONAI acabó autodisolviéndose en junio de 1998 dada la imposibilidad de mantener abiertos los cauces del diálogo y el recrudecimiento de la presión militar contra los municipios autónomos y las comunidades rebeldes.⁴¹ Incluso el obispo Samuel Ruiz acabaría retirándose en 1999.

Apenas unos meses después, el EZLN llevó a cabo la que a la postre sería la última de sus grandes acciones de masas. Así, y tras la aprobación a comienzos del 2001 por parte del gobierno de Vicente Fox Quesada (2000-2006), del conservador Partido de

⁴⁰ "El Estado debe promover el reconocimiento, como garantía constitucional, del derecho a la libre determinación de los pueblos indígenas... que se ejercerá en un marco constitucional de autonomía asegurando la unidad nacional. Podrán, en consecuencia, decidir su forma de gobierno interna y sus maneras de organizarse política, social, económica y culturalmente. El marco constitucional de autonomía permitirá alcanzar la efectividad de los derechos sociales, económicos, culturales y políticos con respecto a su identidad." *Acuerdos sobre Derechos y Cultura Indígenas. Documento 1. Pronunciamiento conjunto que el gobierno federal y el EZLN enviarán a las instancias de debate y decisión nacional, 16 de febrero de 1996.* A partir de ahí, los municipios autónomos se conformaron por aquellas comunidades indígenas que previamente habían decidido en asamblea su incorporación a los mismos, siendo esas mismas comunidades quienes designaron a sus representantes en el Consejo Municipal Autónomo, máxima autoridad colegiada del municipio <http://www.nodo50.org/pchiapas/chiapas/documentos/marez.htm> [Fecha de consulta: 25 de julio de 2014].

⁴¹ En 1987 había 4.000 soldados en Chiapas. En 1999, entre 60.000 y 70.000 (Vázquez, 1999: 275).

Acción Nacional (PAN), de una Ley indígena que no satisfizo a nadie, los zapatistas protagonizaron una marcha que partió el 25 de febrero de 2001 de San Cristóbal de Las Casas y concluyó el 11 de marzo de ese mismo año en el Zócalo de Ciudad de México, donde fueron recibidos por varias decenas de miles de personas.⁴² Una marcha de alto contenido simbólico que repetía la que en 1914 había protagonizado Emiliano Zapata al frente del Ejército Libertador del Sur en demanda de “tierra y libertad”, proclama que los nuevos zapatistas habían hecho suya. Sin embargo, la diferencia entre ambas entradas en Ciudad de México resultaba enorme: en noviembre de 1914, los campesinos alzados en armas que secundaron a Emiliano Zapata ocuparon la capital de la República y la sede del poder estatal en el momento supremo de la revolución; en marzo de 2001, los neozapatistas viajaron en autobuses hasta esa misma capital escoltados por la policía tras pactar con el gobierno el programa y la escenografía de los actos que en ella iban a tener lugar. Resultaría inexacto sostener que los miembros de la Comandancia General del EZLN fueron exhibidos a gusto del Estado mexicano, pero lo cierto es que su aparición y puesta en escena fue admitida y tutelada por éste.

El viaje zapatista de 2001 mostró también los límites últimos del movimiento indígena del que el EZLN era máximo representante y, con apenas cinco días de separación, estableció la verdadera correlación de fuerzas: mientras que en el mitin celebrado el 21 de marzo en la Ciudad Universitaria de la UNAM, los zapatistas exigieron al Estado mexicano el cumplimiento de las que denominaron Tres Señales (la conversión en ley de la Iniciativa de Reformas Constitucionales sobre Derechos y Cultura Indígena, la liberación de los presos zapatistas y la desmilitarización de las zonas con presencia del EZLN), el 25 de ese mismo mes, el PAN, el PRI y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) impidieron la concreción de los Acuerdos de San Andrés y posibilitaron la aprobación de un proyecto de reforma constitucional contrarrevolucionario en materia indígena que desconocía dichos acuerdos. Ello hizo que, paradójicamente, las “tomas” de la Ciudad de México de 1914 y 2001 tuvieran algo

⁴² Las marchas han jugado un importante papel en el movimiento indígena zapatista. En septiembre de 1997 los representantes de las comunidades indígenas de Chiapas ya habían acudido a Ciudad de México e, incluso con anterioridad al alzamiento de 1994, el 7 de marzo de 1992 varios cientos de choles protagonizaron la llamada *Xi'Nich* (hormiga), marcha que también les llevó a la capital mexicana. En relación con la de 2001, Manuel Vázquez Montalbán escribió un ilustrativo artículo, “Y Marcos entró en México D.F.”, *Interviú*, marzo, 2001, en el cual afirmaba: “Gobierno y neozapatistas pactaron esta larga marcha que ha desbloqueado a los insurgentes y les ha proporcionado formidables plataformas propagandistas, pero lo cierto es que tampoco ha debilitado en nada a Fox, que puede exhibir su inocencia histórica, habida cuenta de que hereda del PRI el problema del zapatismo” <http://www.interviu.es/reportajes/articulos/y-marcos-entro-en-mexico-d.f>. [Fecha de consulta: 4 de septiembre de 2014].

en común: la incapacidad de sus respectivos protagonistas para conformar en torno a sí, o para integrarse en, un espacio verdaderamente efectivo de acción política y movilización social, abocó a éstos a su definitiva marginalidad política.

Con todo, resultaría demasiado simplista achacar la marginación a la que se vio sometido el EZLN a partir de ese momento a los errores o debilidades inherentes al mismo, ya que fue una combinación de causas externas e internas lo que contribuyó a su paulatino agostamiento. En lo externo, el fin del impulso revolucionario de la izquierda latinoamericana del que hemos hablado en páginas anteriores y, en íntima relación, el auge de la democracia no sólo en la región sino, y sobre todo, en México (la franca aceptación por parte de Ernesto Zedillo de la victoria electoral de Vicente Fox, candidato del PAN en las presidenciales de 2000, era buena muestra de ello),⁴³ abortaron aun antes de nacer la primitiva apuesta del EZLN por la revolución socialista. La normalización democrática resultó así un factor determinante que obligó al EZLN a replantear sus expectativas de acción política.⁴⁴ En lo interno, la causa más significativa del declive zapatista fue su ya comentada incapacidad para integrarse en alianzas estables y con efectivas aspiraciones a nivel estatal, tal y como ejemplifica su prolongada renuencia a entrar a formar parte de un frente de izquierdas con vocación de alcanzar el gobierno federal.⁴⁵ La aprobación por parte del gobierno mexicano de la *Ley de Derechos y Cultura Indígena*, en marzo de 2001, llevó al EZLN a anunciar la no reanudación del diálogo de paz y abrió un prolongado periodo de repliegue, un periodo que fue más el resultado de su incapacidad de acción política que un tiempo buscado como estrategia de desgaste del contrario.

⁴³ En contra de esta visión, Andrés Manuel López Obrador, candidato del PRD a las elecciones de julio de 2006, denunció públicamente y se negó a aceptar la victoria del candidato que finalmente resultaría electo, el panista Felipe Calderón. Según la institución electoral fiscalizadora, Calderón obtuvo una diferencia favorable del 0'6% de los sufragios.

⁴⁴ Como afirma Jurandir Malerba: "Las viejas tácticas y metas de los movimientos sociales, practicadas bajo regímenes autoritarios, ya no eran tan factibles o efectivas dentro del nuevo contexto democrático. Un elemento central que cabe subrayar es el cambio del papel y objetivos de los movimientos sociales y populares con la transición, o sea, con el proceso de democratización que se verificó en el continente en los últimos 25 años" (Malerba, 2006: 77). El autor da como ejemplo de esos cambios de actitud al *Movimiento dos Trabalhadores Sem Terra* (MST) en Brasil, y al EZLN en Chiapas.

⁴⁵ Muy posiblemente, la última oportunidad que a ese respecto tuvo el zapatismo fue la oferta que para las presidenciales de 2006 le hizo el candidato del PRD, López Obrador. Hasta esas elecciones, Marcos fue consultado de manera recurrente por la prensa mexicana sobre la situación política y social tanto nacional como chiapaneca; a partir de esa fecha, su ostracismo fue casi total (conversación del autor con el profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), Tomás Pérez Vejo, Zaragoza, 15 de noviembre de 2013).

A ello colaboró el cerco político y militar al que el gobierno sometió a las comunidades zapatistas de Chiapas, respondido por el EZLN con la instauración de la denominada Alerta Roja, que se mantuvo activada desde el truncamiento del proceso de paz de 2001 hasta el 11 de julio de 2005. En ese momento y dada su paulatina reclusión, el movimiento zapatista reaccionó con el levantamiento de la Alerta Roja y la difusión de la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, de junio de ese año. A ello vino a sumarse la apertura, debido a la necesidad histórica y organizativa sentida en el seno del EZLN, de una nueva oleada de movilización social que se traduciría en la Otra Campaña,⁴⁶ así llamada por su desvinculación de cualquier otra campaña electoralista y, también, por formular una propuesta que tenía como punto de atracción no sólo al campesinado indígena zapatista, sino al conjunto de las clases sociales explotadas de México, a las cuales pretendía incorporar a través de la construcción de un proyecto alternativo de nación encarnado en la promulgación de una nueva Constitución. Al modo tan querido por los zapatistas de “larga marcha”, la Otra Campaña se propuso recorrer el país entre enero y julio de 2006, mes en el que iban a celebrarse las próximas elecciones presidenciales.

Junto a la revitalización de las marchas, claro ejemplo de cómo el zapatismo viraba paulatinamente hacia el empleo de los tradicionales repertorios de protesta de los movimientos sociales, la última gran aportación zapatista fue su contribución a la construcción de la autonomía de varias comunidades indígenas de Chiapas y, unido a ello, a la conformación de un movimiento de apoyo y solidaridad a dichas comunidades. Aproximadamente unas 65.000 personas conviven actualmente en las comunidades autogobernadas creadas en las montañas de Chiapas en agosto de 2003 y bautizadas con el nombre de “caracoles”. Los “caracoles” de La Realidad, Morelia, La Garrucha, Roberto Barrios y Oventic, recogieron el derecho de autonomía que se incluía en los Acuerdos de San Andrés (1996) y establecieron una estructura orgánica y de gobierno basada en la asociación de varios pueblos en una nueva entidad de rango municipal, un municipio que, a su vez, conforma una región administrativa o “caracol”. En esas cinco

⁴⁶ Con escasa perspectiva temporal, Adrián Sotelo creyó vislumbrar el éxito de la Otra Campaña en conjunción con la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*: “En síntesis, el nuevo zapatismo promete ser un poderoso movimiento de lucha y movilización extraparlamentaria -como lo ha proclamado en la Sexta Declaración-, para incluirse y articularse en las luchas horizontales que el pueblo y los trabajadores de México habrán de enfrentar en la segunda mitad de la primera década del siglo XXI” (Sotelo, 2009: 1.330). Pero las cosas no fueron tan sencillas, como lo demuestra las dificultades de acomodo entre el EZLN y otras organizaciones campesinas mexicanas, indígenas o no, caso de El Barzón, o las tensiones existentes entre aquél y el movimiento obrero mexicano.

unidades administrativas se propuso una experiencia de gobierno autónomo articulada en torno a una cultura local en la que la toma de decisiones se ha venido realizando según un modelo asambleario abierto a toda la comunidad, siendo el máximo órgano de control político de cada uno de los cinco “caracoles” la denominada Junta de Buen Gobierno, en clara oposición al “mal gobierno” que los zapatistas identifican con las prácticas políticas del México oficial.⁴⁷ Los “caracoles” han dado paso a la aparición de un amplio movimiento de apoyo a las comunidades zapatistas que se extiende por múltiples lugares del globo, reproduciéndose “caracoles” que a modo de movimiento de acción civil, solidaria e internacionalista, sirven de sustento a la insurgencia indígena chiapaneca.

⁴⁷ Así lo recoge Ruth Martín en “Zapatistas: diez años probando un ‘mundo nuevo’”, *Público.es*, 25 de agosto de 2013, artículo publicado con motivo de la celebración en San Cristóbal de Las Casas de la llamada Escuelita zapatista, foro social y acontecimiento propagandístico al que asistieron numerosos invitados nacionales y extranjeros <http://www.publico.es/internacional/464148/zapatistas-diez-anos-probando-un-mundo-nuevo> [Fecha de consulta: 4 de septiembre de 2014].

IV. HACIA OTRA LUCHA: DEMOCRACIA, LIBERTAD Y JUSTICIA

“Ustedes luchan por la toma del poder. Nosotros, por democracia, libertad y justicia. No es lo mismo. Aunque ustedes tengan éxito y conquisten el poder, nosotros seguiremos luchando por democracia, libertad y justicia. No importa quién esté en el poder, los zapatistas están y estarán luchando por democracia, libertad y justicia”. En el final de la carta que desde las montañas del sureste mexicano el subcomandante insurgente Marcos envió el 29 de agosto de 1996 al Ejército Popular Revolucionario (EPR),⁴⁸ se cifra un cambio de magnitudes inmensas para la América Latina contemporánea y, de forma más específica y pertinente, para la izquierda de dicho continente. Un cambio que para su más adecuada comprensión debemos contemplar desde la atalaya interpretativa que nos ofrece un concepto básico del análisis histórico, el concepto “poder”.

Hablar de poder induce de forma casi natural a hablar de Estado, en tanto es en el espacio ocupado de forma directa por éste, o indirectamente a través de sus redes de expansión, donde dicho poder se manifiesta en todo su peso y magnitud. Tradicionalmente, en Latinoamérica numerosas formas de organización social estuvieron directamente bajo la tutela estatal, apoyadas por o, al menos, vinculadas y permitidas por el Estado. La organización social externa y, todavía más, contraria el papel del Estado, fue vista con absoluta aprehensión. Algo que se acompañó bien con las premisas doctrinales de la ortodoxia revolucionaria de matriz leninista, cara a una preeminencia estatista que veía en el Estado el único centro gestor y difusor de poder por el cual merecía la pena luchar. Pero dado que tanto la vía democrática de acceso al poder como la revolucionaria, con la excepción de Cuba, habían fracasado, era lógico el naufragio de todo intento de alcanzar el control del Estado iniciado a través de dichas vías. Ello facilitó un pensamiento voluntarista y sustitutivo que tanto por las palmarias demostraciones que la realidad había mostrado como por pura intuición, generó que la izquierda de la América Latina descubriese que, más allá del Estado, existía un espacio, el ocupado por la sociedad civil, por cuya conquista también merecía la pena luchar.⁴⁹

⁴⁸ El alzamiento del EZLN motivó el recrudecimiento de la acción armada revolucionaria en Guerrero y, en junio de 1996, doce organizaciones izquierdistas proclives a la vía insurreccional se unieron para formar el EPR (Hamnett, 2001: 297; la misiva de Marcos en Le Bot, 1997: 325).

⁴⁹ Como afirma Jorge Castañeda: “Tanto la izquierda armada, desde la muerte del Che Guevara, como la izquierda pacífica y reformista -desde la de Allende- fueron derrotadas en sus respectivas búsquedas de poder; se pensaba que tal vez una nueva izquierda que emanara de los movimientos plurales y populares en plena proliferación podía triunfar donde otras habían fracasado” (Castañeda, 1995: 236). Un pensamiento que se hizo fuerte en la segunda mitad de la década de 1980 y se confirmó en la siguiente.

Ello explicaría la infiltración de la izquierda en movimientos ecologistas, feministas, urbanos, étnicos... De ese descubrimiento por parte del EZLN trataremos en las próximas páginas.

EL FINAL DE UN CICLO REVOLUCIONARIO

Para la periodización del ciclo revolucionario latinoamericano, algunos de sus estudiosos más recientes han gustado hablar de oleada y ondas.⁵⁰ En ese sentido, y a pesar de que en estos análisis generales apenas se trata del EZLN,⁵¹ es posible que alguna de las propuestas en ellos aparecidas nos resulte de interés. Sería el caso de las propuestas de Martín y Rey, basadas en Rapoport, y centradas en la necesidad de un “acontecimiento detonante”, una “temporalidad generacional” y un “*ethos* revolucionario común”. Si nos acogemos a esta opción interpretativa y tal y como vimos en páginas anteriores, el “acontecimiento detonante” del alzamiento zapatista fue en realidad triple: la derogación en enero de 1992 del artículo 27 de la Constitución mexicana, la apertura de negociaciones ese mismo año para la firma del TLCAN y la celebración oficial del V Centenario de la llegada europea a tierras del Nuevo Mundo. En cuanto a la “temporalidad generacional”, está afectó a los dos agentes activos del proceso insurgente, los revolucionarios profesionales del EZLN y los miembros desagregados de las tradicionales comunidades indígenas. Por lo que a los primeros respecta, los guerrilleros marxistas del EZLN se ahormaron generacionalmente a través de la lectura positiva del éxito de la revolución cubana y de la continuidad de la lucha armada insurreccional por buena parte de Latinoamérica, México incluido; pero también de la experiencia negativa motivada por la represión gubernamental iniciada en octubre de 1968 en la plaza de las Tres Culturas y mantenida durante la siguiente década por el aparato del Estado mexicano. Por lo que a los indígenas se refiere, éstos se reconocieron

⁵⁰ Los términos de oleada y ondas tienen origen en David C. Rapoport, “Modern Terror: The Four Waves”, en Audrey K. Cronin y James M. Ludes (eds.), *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy*, Washington D.C., Georgetown University Press, 2004, pp. 46-73. Rapoport fija cuatro grandes oleadas de terrorismo internacional en las sociedades modernas: la anarquista, la anticolonial, la de la nueva izquierda y la religiosa. A su vez, cada una de esas oleadas se subdivide en fases de expansión o contracción, las ondas (en Martín y Rey, 2012).

⁵¹ En lo poco que a él se refiere, Julieta Bartoletti ve al EZLN como una experiencia marcada por circunstancias nacionales y locales muy específicas, fuera por tanto del ciclo de movilización continental asociado a la Guerra Fría. Para dicha autora, la más importante circunstancia diferencial fue la presencia de comunidades étnicas reprimidas y excluidas (Bartoletti, 2012: 7). Martín y Rey prefieren centrarse en que, para ellos, las demandas aparecidas en la *Declaración de la Selva Lacandona* de diciembre de 1993, dejaban patentes las diferencias entre lo que los zapatistas proponían y las experiencias revolucionarias previas, de donde infieren que las demandas que justificaban el alzamiento ni planteaban un desafío al poder establecido ni eran una propuesta revolucionaria, dado que no tenían como objetivo final ni la toma del poder ni la transformación radical de la sociedad mexicana (Martín y Rey, 2012: 10).

generacionalmente a resultas de unos procesos de migración interna que afectaron a individuos pertenecientes a grupos de edad similares. Por último, el “*ethos* revolucionario común”, categoría analítica que podemos ubicar en el terreno de lo cultural, se vinculó a las consecuencias del no mantenimiento de las normas de convivencia armónica establecidas hasta ese momento de manera formal y, sobre todo, informal, entre el Estado mexicano y las comunidades campesinas indígenas chiapanecas. La suma de lo anterior generó una legitimidad revolucionaria que desembocó en el alzamiento del 1 de enero de 1994.

Lo anteriormente expuesto descubre la importancia de los agentes externos en la insurrección chiapaneca. En realidad, cabe leer el alzamiento zapatista como un acto severamente influenciado por circunstancias ajenas al EZLN, tal y como se deduce de las palabras del subcomandante Marcos recogidas en la entrevista que le realizó Manuel Vázquez Montalbán: “No es el zapatismo, sino el neoliberalismo el que lleva a la opción: o permanencia y lucha o desaparición y muerte. Eso es lo que provoca la Primera Declaración de la Selva Lacandona y lo que hace nacer el alzamiento zapatista. No podemos desaparecer y para existir, tenemos que luchar” (Vázquez, 1999: 106). A ello debemos sumar la presión a favor de la lucha ejercida por las comunidades indígenas receptivas a los mensajes que desde la selva les irradiaba el EZLN. Presión que se reconvirtió en apoyo una vez establecida la alianza entre guerrilla y comunidades. Esa unidad implicó la configuración interna del zapatismo no en orden a la clase social de la cual se extraían sus militantes (tal y como había sido habitual en los movimientos guerrilleros de décadas pasadas), sino en orden a unas bases sociales amplias y, hasta cierto punto, heterogéneas, conformadas por las comunidades indígenas que le eran afectas. En ese sentido el EZLN supone un cambio sobre la fórmula de recluta tradicional de los movimientos guerrilleros de la primera hornada, conformados por elites sociales (individuos de clases medias y superiores excluidos o autoexcluidos de la gestión de los diversos mecanismos del poder) y sin apenas apoyo entre las masas populares.⁵² La importancia de los agentes externos y la configuración interna del EZLN facilita la comprensión de las tres patas del zapatismo contemporáneo: el imaginario étnico indígena, sustanciado en su acercamiento a modelos nativos como el

⁵² En contraposición al discurso cubano (la importancia de la vanguardia político-ideológica y de un foco guerrillero anclado en el campo), el EZLN entendió plenamente la necesidad del apoyo de las bases campesinas a las elites guerrilleras para la victoria de la insurrección, tal y como antes habían comprendido los revolucionarios del FSLN y los insurgentes salvadoreños, guatemaltecos y colombianos.

de Votán, personaje legendario defensor de las tierras de las comunidades; el pasado insurgente mexicano, cuyo espacio de referencia preferente sería la figura de Emiliano Zapata; y las guerrillas izquierdistas latinoamericanas y su rutina guevarista, alargada por las experiencias revolucionarias centroamericanas y la contemporánea insurgencia mexicana.⁵³ Y, también, el gran salto zapatista hacia su conformación como un nuevo movimiento social.

LAS BASES DE UN NUEVO MOVIMIENTO SOCIAL: SOCIEDAD CIVIL Y DEMOCRACIA, CAMPESINOS Y TIERRA, INDÍGENAS Y DIGNIDAD

Dos de los autores más relevantes que han estudiado los movimientos sociales contemporáneos han sido los profesores Charles Tilly y Sidney G. Tarrow. Si aplicamos sus análisis al movimiento zapatista, algo perfectamente plausible, queda eliminada toda posibilidad de ver en la sublevación indígena chiapaneca una revolución, tanto exitosa como abortada. Según el modelo diseñado por Tilly, para que exista una revolución se requiere la presencia de un Estado enfrentado por un contrapoder dotado de la efectiva capacidad de derrotarlo.⁵⁴ Partiendo de esos presupuestos, Tarrow desarrolló un análisis basado en la estructura de oportunidades políticas según el cual, para poder hablar de revolución, es necesaria una acción colectiva extendida y organizada alrededor de soberanías opuestas o múltiples (Tarrow, 2012: 47). A partir de estos análisis y para el caso que aquí nos ocupa, la capacidad soberana del Estado mexicano fue y es tan evidente como la incapacidad del EZLN para oponerle una fuerza capaz de derrotarlo. Hubo soberanía única, no soberanías múltiples enfrentadas y, por tanto, no hubo revolución zapatista.

Mas si el zapatismo no ha sido una revolución ¿qué ha significado en el plano de la historia social y, más concretamente, en el de la intrahistoria de los movimientos sociales? A ese respecto hay que comenzar por señalar que el zapatismo sí puede leerse

⁵³ Pese a los intentos por distanciarse de todo modelo anterior, lo cierto es que el EZLN estuvo sugestionado desde sus inicios por ciertos símbolos (los colores rojo y negro, la denominación de Ejército de Liberación Nacional), conceptos (un lenguaje ligado al socialismo, a la lucha de clases y a la dictadura del proletariado) y tácticas militares (la toma de Ocosingo recordó tanto a la insurrección sandinista de 1979 como a la última ofensiva del Frente de Liberación Farabundo Martí (FMLN) contra la ciudad de El Salvador, en noviembre de 1989), comunes al acervo revolucionario latinoamericano (Le Bot, 1997: 62).

⁵⁴ Charles Tilly, *European Revolutions, 1492-1992*, Oxford, Blackwell, 1993.

como un nuevo movimiento social, tal vez cercano al agotamiento,⁵⁵ pero fructífero en su recorrido. Y puede hacerse esa lectura en tres planos de análisis: en tanto logró constituirse como un movimiento social intercalado en una sociedad civil que buscaba la democratización, lo que hace de él un fenómeno susceptible de ser insertado entre los muchos movimientos de resistencia y participación política de la sociedad civil que han despuntado en América Latina a partir de los procesos de retorno democrático iniciados en la década de los años ochenta del pasado siglo; en tanto sumó su aportación a otros movimientos campesinos en lucha por la tierra, motivados a nivel continental por el paulatino deterioro de las condiciones materiales y sociales en las que sobreviven las sociedades rurales americanas (excluidas las del norte rico); y, de manera para nosotros central, en tanto confluyó con un movimiento indígena también continental que tenía como núcleo de su discurso el reclamo de la dignidad social y la identidad cultural de los pueblos indios de América Latina, lo que confirió un papel protagónico a unas luchas ancestrales que ahora se veían revitalizadas gracias a la modernización acaecida en el seno de las comunidades indígenas americanas. Sociedad civil, luchas campesinas y resistencia indígena; tres espacios de expresión que *mutatis mutandis* y allende la geografía americana, podemos hallar expandidos, en confusión o por separado, por otros muchos territorios globales.⁵⁶ De esta forma, la lucha por la conquista de un poder encarnado en el Estado a la que nos referíamos al comenzar este capítulo, se ha transformado en manos del movimiento zapatista en la lucha por el acceso a la gestión de otros espacios de poder: la soberanía alimentaria, la autonomía comunitaria, la sostenibilidad económica no depredadora del medio ambiente, la igualdad de la mujer en relación con el hombre,⁵⁷ el modelo asambleario de toma de decisiones, el uso de las nuevas tecnologías de información y telecomunicación,⁵⁸ etc.

⁵⁵ El EZLN, pese a no haber sido todavía desmovilizado, sí ha sido neutralizado merced a la acción del poder al cual se enfrenta. Una acción materializada tanto en la represión y el control del movimiento (es el caso de las bases de apoyo zapatistas, que a día de hoy siguen siendo hostigadas y, en algunos casos, asesinados sus componentes a manos de las guardias blancas y los paramilitares), como en la facilitación de algunas de sus demandas más básicas (tal y como puede ejemplificarse en la aceptación, más o menos formal, de la autonomía de las comunidades zapatistas y el autogobierno de sus cinco "caracoles").

⁵⁶ Al respecto, Yvon Le Bot apunta que en el terreno político puede verse un paralelismo entre el zapatismo y movimientos civiles como los protagonizados por Gandhi en la India, Martin Luther King en los Estados Unidos de Norteamérica, Tjibauo en la Melanesia o Mandela en Sudáfrica (Le Bot, 1997: 85-86).

⁵⁷ La *Ley Revolucionaria de Mujeres* (1993) otorgó a éstas un nuevo marco de derechos políticos y sociales http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993_12_g.htm [Fecha de consulta: 4 de septiembre de 2014].

⁵⁸ Uno de los grandes atractivos del zapatismo y de su vocero preeminente, el subcomandante Marcos, es el uso masivo que ha realizado de las nuevas redes comunicativas. Más allá de las seis *Declaraciones de la Selva Lacandona*, de los escritos y comunicados políticos del EZLN y de los textos literarios del propio Marcos, es a través de internet que el zapatismo se ha difundido globalmente. Ello enlazaría con la

Evidentemente, la interpretación del zapatismo como un movimiento social no es en absoluto idea original de quien esto escribe.⁵⁹ Pero sí creemos necesario volver a insistir en la plasticidad del movimiento indígena zapatista a la hora no ya sólo de destacar tal propiedad como una de las claves de su inicial éxito, tal y como señalábamos en páginas anteriores, sino en tanto la complejidad de su estructura, su evolución interna y las percepciones que alcanzó a suscitar y que en reducidas dosis todavía suscita, hacen de él un modelo dotado de personalidad propia en el amplio escaparate de los movimientos sociales contemporáneos. Y ello es así, tal y como acertadamente apunta Marco Palacios, por el nexo explícito que estableció entre la tierra y la cuestión étnica, entre etnia y nación, entre región y Estado central y, finalmente, entre legalidad y violencia (Palacios, 2008: 74-75). En ese sentido, y coincidiendo con Jurandir Malerba (Malerba, 2006), Palacios destaca la proyección universal del EZLN, superior según él a la de un movimiento tan emblemático como el *Movimiento dos Trabalhadores Sem Terra* (MST) brasileño. Un zapatismo que merced a esta riqueza se explica tanto en la realidad latinoamericana como en la local: en el primer caso, mediante su adición a la corriente continental de los movimientos sociales de izquierdas; en el segundo, trasluciendo la imposibilidad de plasmar institucionalmente el descontento social que anida en las entrañas de la sociedad mexicana.

El EZLN abrió una nueva “ventana de oportunidades” a la resistencia indígena mexicana, a la de las clases populares latinoamericanas y, porque no, a la de otros actores sociales de alcance global.⁶⁰ Pero ante todo el zapatismo es una nueva formulación, en la teoría y en la práctica, de la rebeldía indígena. Una rebeldía surgida en el seno de la más ancestral, profunda e irredenta de las clases subalternas de América y que repuntó en los años noventa del pasado siglo a través de levantamientos como el de verano de 1990 en Ecuador y el invierno de 1994 en Chiapas. A partir de entonces y

propuesta de Hans Magnus Enzensberger de que la única política informativa plausible de ser usada hoy en día por la izquierda es la que pasa por las nuevas redes comunicativas, en una suerte de redirección del foquismo guevarista hacia un “foquismo comunicacional” (en Vázquez, 1999: 21). Sin embargo, volcarse inmoderadamente hacia la nube informativa conlleva el riesgo cierto de devenir en lo que Gabriel Zaid ha definido como “guerrilla posmoderna”, en un movimiento virtual (en Le Bot, 1997: 86-98).

⁵⁹ Hay autores que lo ven preferentemente como un movimiento social propio al ámbito mexicano (Sotelo, 2006; Bartoletti, 2012; Martín y Rey, 2012; Novoa, 2012); otros prefieren integrarlo en un contexto regional o continental (Castañeda, 1995; Malerba, 2006; Palacios, 2008); y un tercer grupo lo analizan en lo universal (Le Bot, 1997; Vázquez, 1999; Volpi, 2004; Zúñiga, 2004; Tarrow, 2012). Evidentemente, es inviable verlo como un fenómeno estanco en relación con cualquiera de esos espacios.

⁶⁰ Utilizo la expresión “ventana de oportunidades” como la percepción que tienen los actores sociales de que sus acciones de protesta puedan conducir al objetivo deseado (Tarrow, 2012: 279-281).

tal y como había sucedido y sigue sucediendo con otros movimientos indígenas latinoamericanos, el movimiento zapatista ha sabido mezclar en la formulación de su repertorio de protesta demandas étnicas, de clase y de ciudadanía,⁶¹ en un proceso complejo y de prometedor futuro que, sin embargo y precisamente en virtud de dichas demandas, ligaba más al zapatismo con el Estado de lo que tal vez aquél estaba dispuesto a reconocer.

A partir de lo anterior podemos hablar de las tres grandes paradojas a las que se ha enfrentado y en buena medida todavía se enfrenta el zapatismo. Así, la ligazón con el Estado es la primera paradoja del movimiento indígena zapatista, ya que éste y sus llamadas a la sociedad civil podían creerse paralelos al Estado mexicano, pero nunca fueron ajenos a él. Una paradoja común a muchos de los nuevos movimientos sociales y que podemos articular en el axioma de que, en buena medida, éstos pretenden que su existencia y actuación se ubique al margen del Estado, aunque de manera irremediable y aunque sólo sea por presentarse en oposición a éste, forzosamente se hallan ligados al mismo. La segunda paradoja zapatista radica en el valor que otorgó al uso de la violencia. Pese al pronto deseo de paz manifestado por el EZLN, su decantación inicial a favor de la lucha armada fue no sólo sincera, sino fundamental para su éxito futuro: las armas confirieron a sus demandas un excedente de fortaleza imprescindible para su asentamiento (y no tanto debido a la fuerza militar zapatista, sino a la que obligaba a desplegar al Ejército Federal para dominar a aquella).⁶² Una tercera y fundamental paradoja zapatista es la que podemos apellidar como la paradoja cultural. La simbiosis entre lo endógeno y lo exógeno en la cultura y el universo simbólico indígena latinoamericano nunca se ha resuelto de forma satisfactoria. Y es a partir de esa carencia como se comprende el repliegue zapatista hacia el mundo cultural indígena, lo cual no le impidió a un mismo tiempo volcarse hacia la modernidad. Además de potenciar con ello su caudal de acción política y dotar de una multiplicidad de sentidos a su discurso cultural, la apuesta zapatista por conjugar la reafirmación orgullosa de la identidad

⁶¹ La trilogía autonomía étnica, transformación de clase y afirmación ciudadana, la hemos recogido de Fernando Calderón y José Luis Reyna (Calderón y Reyna, 1995: 384). En relación con ello, anotar cómo el indigenismo zapatista ha logrado evitar uno de los peligros que amenazan a ciertos discursos indianistas y fundamentalismos étnicos, a saber, su incapacidad “para construir sociedades pluriculturales en que el respeto al otro sea la base de la convivencia humana” (Pérez, 2002: 19).

⁶² En su análisis de la lógica de la violencia del EZLN, Yvon Le Bot plantea una paradoja similar: “La fuerza de los zapatistas radica en la no violencia; su originalidad, en la invención de una nueva relación entre violencia y no violencia. El problema consiste en mantener esa tensión sin abismarse en la violencia. El crecimiento de una violencia contenida y reprimida durante décadas, o siglos, desemboca en una estrategia de no violencia armada al servicio de una producción de sentido, de una invención simbólica y política” (Le Bot, 1997: 100-101).

étnica con la asunción sincera de las más fecundas bazas con que la modernidad ha dotado al ser humano (alguna de ellas hoy ferozmente discutidas por el radicalismo postmoderno) es, al tiempo que la última gran paradoja zapatista, su gran desafío del mañana. Si el movimiento indígena zapatista es uno de los más furibundos detractores que en los últimos años ha encontrado el neoliberalismo global, es también uno de los más firmes defensores de la dignidad humana, incorporando al sujeto indígena la calidad y los atributos individuales y colectivos (sociales, económicos y políticos) que asignan a aquella su verdadero y definitivo valor.

CONCLUSIONES

En la introducción del presente trabajo planteábamos tres preguntas en torno al movimiento indígena zapatista alzado en armas el 1 de enero de 1994 en el Estado de Chiapas, México. Creemos que las hemos contestado a lo largo de las páginas precedentes pero, en cualquier caso, es ahora un buen momento para sintetizar dichas repuestas. La primera cuestión trataba sobre lo adecuado de caracterizar al alzamiento zapatista como una revolución. La respuesta es negativa en un doble sentido: ni existió jamás la posibilidad real de que la insurgencia focalizada en los confines del sureste mexicano lograra enfrentar con capacidad de éxito al Estado contra el que se alzaba en armas (unas armas, no lo olvidemos, apenas existentes) ni, y ello es mucho más relevante, el propio EZLN, una vez pasadas las primeras horas de insurrección, mantuvo unas mínimas premisas ideológicas, políticas o sociales que podamos entender como revolucionarias. Una actitud la suya que estuvo determinada en buena medida por la de las comunidades indígenas que se sumaron a su causa, las cuales nunca buscaron la revolución y sí el logro de sus seculares demandas de dignidad y justicia. Sólo en el reservado ámbito de las intenciones del inicial grupúsculo guerrillero llegado a la Selva Lacandona a finales de 1983, anidó la utopía revolucionaria socialista.

La segunda pregunta incidía en los límites del zapatismo en tanto movimiento social no violento (plenamente descartada la versión revolucionaria), interrogación que abríamos al más próximo futuro de los movimientos sociales latinoamericanos. Por lo que al zapatismo respecta, sus límites quedaron claros a partir de 2001 con la negativa de las elites políticas mexicanas a hacer efectivo en el plano constitucional los temas acordados previamente entre insurgentes y gobierno federal (Acuerdos sobre Derechos y Cultura Indígena de San Andrés, 1996) y, también, con la reducción del espacio político zapatista a lo que ahora es, el autogobierno de cinco entidades de administración local ubicadas en uno de los *limes* de la República. No obstante esto y tal y como exponemos en páginas anteriores, el zapatismo ha logrado constituirse como un movimiento social intercalado en una sociedad civil en busca de democratización, se ha sumado a otros movimientos campesinos en pugna por la tierra y ha hecho suya la lucha por la “democracia, libertad y justicia” emprendida tiempo atrás por los pueblos indígenas mexicanos. En ese sentido, el zapatismo ha logrado dar voz, y una voz por vez primera globalmente escuchada, a uno de esos eternos oprimidos de la historia, los

pueblos indígenas. La conjunción que el zapatismo ha hilvanado entre identidad e integración, entre lo particular y lo universal, entre indígena y ser humano, obliga a replantearnos el concepto político “ciudadano” y convenir en la necesidad del reconocimiento normativo de una noción más inclusiva, del tipo ciudadano “con” sus diferencias. Plenamente *ius naturalista*, uno de los grandes valores del movimiento zapatista radica en su demanda de los derechos inherentes a todo ser humano en virtud de su mera adscripción a dicha especie. Y por lo que a los límites futuros de los movimientos sociales latinoamericanos respecta, señalar simplemente que la fortaleza de los mismos hace que sus expectativas se amplíen. La centralidad de los marginales es, a día de hoy, una realidad comprobable, si bien resta bastante para que tal posición se acompañe del disfrute por parte de éstos de las necesarias parcelas de poder y autonomía.

La tercera cuestión que debíamos despejar era si, precisamente, la armonía entre lo particular (la identidad y dignidad de las comunidades indígenas) y lo universal (los derechos elementales del trato entre los seres humanos), podía servir de vía de escape a la izquierda en América Latina. Para dar una respuesta afirmativa basta repasar los espacios de control político y social en los que se ha asentado la conjunción entre indigenismo e izquierda. A nivel estatal, de los cinco presidentes indígenas de la historia latinoamericana, tres de ellos lo han sido (alguno todavía lo es) en el siglo XXI: Alejandro Toledo y Ollanta Humala en el Perú, Evo Morales en Bolivia. Salvo el centrista Toledo, a Humala y Morales podemos definirlos como políticos de izquierdas. A nivel local, las regiones, departamentos y alcaldías gobernadas por indígenas, muchos de ellos proclives a la izquierda, son numerosas. También en ámbitos campesinos, medioambientales o culturales, la pujanza de los movimientos indígenas es una realidad palpable. Si la izquierda debe reinventarse a nivel global, en América Latina tiene la posibilidad de hacer suyas demandas y discursos en favor de la solidaridad étnica que articulen y refuercen otros mensajes a favor de una democracia más plena, una sociedad más justa y equitativa y un respeto al equilibrio medioambiental del que tanto podemos aprender de comunidades menos sometidas que las nuestras a tan acelerados procesos de modernización.

Cumplido el deber de la respuesta, es preciso recordar una de las cuestiones con las que cerrábamos nuestro trabajo, aquella que definíamos como las tres paradojas del

movimiento indígena zapatista comandado por el EZLN: la inexcusable ligazón entre dicho movimiento social y el Estado, aunque el primero se pretenda a sí mismo como actor al margen o en los bordes externos de éste; el valor que otorgó al uso de la violencia, recurso buscado o negado en función de la táctica empleada en cada instante; y su apuesta por conjugar una etnicidad orgullosa con la universalidad de la dignidad humana. Esa simbiosis entre el universo cultural indígena y las aportaciones exógenas fue posible en buena medida merced al rol intermediador desempeñado por el subcomandante Marcos, mediador entre blancos, mestizos e indígenas, entre el México urbano y universitario y la nación rural y campesina, entre el sectarismo de una izquierda abocada a la revolución y las múltiples opciones de una sociedad plural en su manifestaciones y destinos, entre las lenguas de tronco maya que hablan los indígenas y los códigos lingüísticos que globalmente fluyen a través de las redes de comunicación.... Pero el mérito no sólo corresponde al líder guerrillero, pues también el movimiento indígena zapatista ha sido capaz de inventar, o al menos de exigir, una sociedad en la que tenga cabida el respeto a los derechos de las comunidades eternamente vencidas, el reconocimiento pleno de la soberanía de los individuos y las aspiraciones éticas de justicia social. A ese nuevo programa ellos lo han llamado “democracia, libertad y justicia”.

FUENTES DOCUMENTALES

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAZANT, Jan, “De Iturbide a Juárez”, en ANNA, Timothy *et. alli.*, *Historia de México*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 43-81.

CALDERÓN, Fernando y REYNA, José Luis, “La irrupción encubierta”, en REYNA, José Luis (comp.), *América Latina a fines de siglo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 382-396.

CASTAÑEDA, Jorge G., *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, 2ª ed., Barcelona, Ariel, 1995.

HALL, Stuart, “Introducción: ¿quién necesita “identidad”?”, en HALL, Stuart y DU GAY, Paul (comp.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003, pp. 11-39.

HAMNETT, Brian, *Historia de México*, Madrid, Cambridge University Press, 2001.

KNIGHT, Alan, “La última fase de la Revolución: Cárdenas”, en ANNA, Timothy *et. alli.*, *Historia de México*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 250-320.

KRAUZE, Enrique, *La presencia del pasado*, Barcelona, Tusquets, 2005.

LE BOT, Yvon, *El sueño zapatista*, Barcelona, Anagrama, 1997.

MALERBA, Jurandir, “Nuevas perspectivas y problemas”, en REZENDE MARTINS, Estevão de (dir.) y PÉREZ BRIGNOLI, Héctor (codir.), *Historia general de América Latina: IX. Teoría y método en la historia de América Latina*, París, UNESCO: Trotta, 2006, pp. 63-90.

PALACIOS, Marco, “Las sociedades agrarias en América Latina desde 1930 al presente”, en PALACIOS, Marco (dir.) y WEINBERG, Gregorio (codir.), *Historia*

general de América Latina: VIII. América Latina desde 1930, París, UNESCO: Trotta, 2008, pp. 53-77.

PÉREZ HERRERO, Pedro, *La América Colonial (1492-1763). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2002.

SEBASTIÁN, Luis de, *La crisis de América Latina y la deuda externa*, Madrid, Sociedad Quinto Centenario: Alianza Editorial, 1988.

SMITH, Peter H., “El imperio del PRI”, en ANNA, Timothy *et. alli.*, *Historia de México*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 321-384.

SOTELO, Adrián, “Zapatismo”, en SADER, Emir *et. alli.* (coords.), *Latinoamericana: Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe*, Madrid, Akal, 2009, pp. 1.329-1.330.

STAVENHAGEN, Rodolfo, “A la sombra del desarrollo: campesinos e indígenas en la crisis”, en REYNA, José Luis (comp.), *América Latina a fines de siglo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 307-348.

TARROW, Sidney G., *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, 3ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 2012.

THOMPSON, Edward Palmer, “La economía moral revisada” en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 294-394.

TILLY, Charles y WOOD, Lesley J., *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica, 2010.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Marcos: el señor de los espejos*, Madrid, El País-Aguilar, 1999.

VOLPI, Jorge, *La guerra y las palabras. Una historia del alzamiento zapatista de 1994*, Barcelona, Seix Barral, 2004.

ZÚÑIGA GARCÍA-FALCES, Nieves, “Emergencia indígena en América Latina: movimiento, organizaciones y derechos”, en Fundación Seminario de Investigación para la Paz (ed.), *El pulso de América Latina*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2004, pp. 223-239.

ARTÍCULOS EN LÍNEA

BARTOLETTI, Julieta, “Las organizaciones armadas revolucionarias latinoamericanas y la militarización”, *Naveg@américa. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea] 2012, 9. Disponible en <<http://revistas.um.es.navegamericaI>>.

MARTÍN, Alberto y REY, Eduardo, “La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis”, *Naveg@américa. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea] 2012, 9. Disponible en <<http://revistas.um.es.navegamericaI>>.

NOVOA PORTELA, María, “Los movimientos sociales en la Revolución mexicana: ascenso y descenso del zapatismo”, *Naveg@américa. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea] 2012, 8. Disponible en <<http://revistas.um.es.navegamericaI>>.

YAMAMOTO, Jun-ichi, *Transformación de la Ideología del EZLN. Un estudio basado en el análisis de texto de las cinco “Declaraciones de la Selva Lacandona” emitidas por el EZLN por medio de Internet*, ponencia presentada en la reunión de la *Latin American Studies Association*, Chicago, 24-26 de septiembre de 1998. Disponible en <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/libros/lasa98/Yamamoto.pdf>>.

PÁGINAS WEB

<http://espaciolibremexico.wordpress.com/2012/10/25/seis-declaraciones-de-la-selva-lacandona/>.

<http://mex-eua.sre.gob.mx/index.php/comercio-e-inversion>.

http://movimientos--sociales.blogspot.com.es/2008/11/movimientos-campesinos_29.html.

http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993_12_g.htm.

<http://www.chiapas.gob.mx>.

<http://www.interviu.es/reportajes/articulos/y-marcos-entro-en-mexico-d.f.>.

<http://www.jornada.unam.mx/2013/08/21/opinion/024a1eco>.

<http://www.nodo50.org/pchiapas/chiapas/documentos/marez.htm>.

<http://www.publico.es/internacional/464148/zapatistas-diez-anos-probando-un-mundo-nuevo>.